

APOSTOLADO DE LA DIVINA VOLUNTAD

REPASO DEL 8 DE MARZO DE 2012

MIAMI, FL

De las 11 a las 12 de la noche

SEPTIMA HORA

Tercera Hora de Agonía en el Huerto de Getsemaní

Dulce bien mío, mi corazón no resiste; te miro y veo que sigues agonizando. La sangre a ríos te escurre por todo el cuerpo y con tanta abundancia, que no sosteniéndote en pie has caído en un lago de sangre. ¡Oh mi amor, se me rompe el corazón al verte tan débil y agotado! Tu rostro adorable y tus manos creadoras se apoyan en la tierra y se llenan de sangre; me parece que a los ríos de iniquidad que te mandan las criaturas, Tú quieras dar ríos de sangre para hacer que estas culpas queden ahogadas en ellos y así, con eso, dar a cada uno el reescrito de tu perdón. Pero, oh mi Jesús, reanímame, es demasiado lo que sufres; baste hasta aquí a tu amor.

Y mientras parece que mi amable Jesús muere en su propia sangre, el amor le da nueva vida. Lo veo moverse con dificultad, se pone de pie y así, manchado de sangre y de fango, parece que quiere caminar, pero no teniendo fuerzas con trabajo se arrastra. Dulce vida mía, deja que te lleve entre mis brazos. ¿Vas tal vez a tus amados discípulos? Pero cual no es el dolor de tu adorable corazón al encontrarlos de nuevo dormidos. Y Tú con voz temblorosa y apagada los llamas: “Hijos míos, no durmáis, la hora está próxima, ¿no veis a qué estado me he reducido? Ah, ayúdenme, no me abandonéis en estas horas extremas.

Y casi vacilante estás a punto de caer a su lado, mientras Juan extiende los brazos para sostenerte. Estás tan irreconocible que si no hubiera sido por la suavidad y dulzura de tu voz, no te habrían reconocido. Después, recomendándoles que estén despiertos y que oren, regresas al huerto, pero con una segunda herida en el corazón. En esta herida veo, mi bien, todas las culpas de aquellas almas que, no obstante las manifestaciones de tus favores en dones, besos y caricias, en las noches de la prueba, olvidándose de tu amor y de tus dones, quedan somnolientas y adormiladas, perdiendo así el espíritu de continua oración y vigilancia.

Mi Jesús, es cierto que después de haberte visto, después de haber gustado tus dones, para permanecer privados y resistir se necesita gran fuerza, sólo un milagro puede hacer que tales almas resistan la prueba. Por eso, mientras te compadezco por esas almas, cuyas negligencias, ligerezas y ofensas son las más amargas a tu corazón, te ruego que en caso de que ellas llegasen a dar un solo paso que pueda en lo más mínimo disgustarte, las circundes de tanta Gracia que las detengas, para que no pierdan el espíritu de continua oración.

Mi dulce Jesús, mientras regresas al huerto, parece que no puedes más; levantas al Cielo la cara manchada de sangre y de tierra y por tercera vez repites: “Padre, si es posible pase de Mí este cáliz. Padre Santo, ayúdame, tengo necesidad de consuelo; es verdad que por las culpas que he tomado sobre Mí soy repugnante, despreciable, el último entre los hombres ante tu Majestad infinita; tu Justicia está indignada conmigo; pero mírame, Oh Padre, soy siempre tu Hijo, que formo una sola cosa contigo. ¡Ah, ayuda, piedad oh Padre, no me dejes sin consuelo!”

Después me parece oír, oh dulce bien mío, que llamas en tu ayuda a la amada Mamá: “Dulce Mamá, estréchame entre tus brazos como me estrechabas siendo niño; dame aquella leche que tomaba de ti para darme fuerzas y endulzar las amarguras de mi agonía; dame tu corazón que es todo mi contento. Mamá mía, Magdalena, amados apóstoles, todos vosotros que me amáis, ayudadme, confortadme, no me dejéis solo en estos momentos extremos, hacedme todos corona a mi alrededor, denme por consuelo vuestra compañía y vuestro amor.”

Jesús, amor mío, ¿quién puede resistir el verte en estos extremos? ¿Qué corazón será tan duro que no se rompa al verte ahogado en sangre? ¿Quién no derramará a torrentes amargas lágrimas al escuchar los dolorosos acentos que buscan ayuda y consuelo?

Jesús mío, consuélate; veo que ya el Padre te envía un ángel como consuelo y ayuda, para que puedas salir de este estado de agonía y puedas entregarte en manos de los judíos. Y mientras estés con el ángel, yo recorreré Cielo y tierra. Tú me permitirás que tome esta sangre que has derramado, a fin de que pueda darla a todos los hombres como prenda de la salvación de cada uno y llevarte por consuelo y en correspondencia, sus afectos, latidos, pensamientos, pasos y obras.

Celestial Mamá mía, vengo a Ti para que vayamos juntas a todas las almas dándoles la sangre de Jesús. Dulce Mamá, Jesús quiere consuelo, y el mayor consuelo que le podemos dar es llevarle almas.

Magdalena, acompáñanos; ángeles todos, venid a ver a qué estado se ha reducido Jesús. Él quiere consuelo de todos y es tal y tanto el abatimiento en el cual se encuentra, que no rechaza ninguno.

Jesús mío, mientras bebes el cáliz lleno de intensas amarguras que el Padre te ha enviado, oigo que suspiras más, que gimes y que deliras, y con voz sofocada dices: “¡Almas, almas, vengan, alívenme, tomen su puesto en mi Humanidad, os quiero, os suspiro! ¡Ah, no seáis sordas a mi voz, no hagáis vanos mis deseos ardientes, mi sangre, mi amor, mis penas! ¡Vengan, almas, vengan!”

Delirante Jesús, cada gemido tuyo y suspiro es una herida a mi corazón, que no me da paz, por lo que hago mía tu sangre, tu Querer, tu ardiente celo, tu amor, y girando por Cielo y tierra quiero ir a todas las almas para darles tu sangre como prenda de su salvación y llevártelas a Ti para calmar tus deseos, tus delirios y endulzar las amarguras de tu agonía. Y mientras hago esto, Tú acompáñame con tu mirada.

Mamá mía, vengo a Ti porque Jesús quiere almas, quiere consuelo. Así que dame tu mano materna y giremos juntas por todo el mundo en busca de almas. Encerremos en su sangre los afectos, los deseos, los pensamientos, las obras, los pasos de todas las criaturas, y arrojemos en sus almas las llamas del corazón de Jesús, a fin de que se rindan, y así, encerradas en su sangre y transformadas en sus llamas, las conduciremos en torno a Jesús para endulzarle las penas de su amarguísima agonía.

Ángel mío de mi guarda, precédenos tú, y ve disponiendo a las almas que han de recibir esta sangre, a fin de que ninguna gota quede sin su copioso efecto. ¡Mamá mía, pronto, giremos! Veo la mirada de Jesús que nos sigue, escucho sus repetidos sollozos que nos incitan a apresurar nuestra tarea.

Y he aquí, Mamá, a los primeros pasos nos encontramos a las puertas de las casas donde yacen los enfermos. ¡Cuántos miembros desgarrados! Cuántos bajo la atrocidad de los dolores prorrumpen en blasfemias e intentan quitarse la vida, otros son abandonados por todos y no tienen quien les dé una palabra de consuelo, ni los más necesarios socorros, y por eso mayormente maldicen y se desesperan. Ah, Mamá, escucho los sollozos de Jesús que ve correspondidas con ofensas sus más delicadas predilecciones de amor que hacen sufrir a las almas para volverlas semejantes a Él. Ah, démosles su sangre, a fin de que les suministre las ayudas necesarias y con su luz les haga comprender el bien que hay en el sufrir y la semejanza que adquieren con Jesús; y tú Mamá mía, ponte a su lado y como Madre afectuosa toca con tus manos maternas sus miembros doloridos, alivia sus dolores, tómalas en tus brazos y de tu corazón derrama torrentes de gracias sobre todas sus penas. Haz compañía a los abandonados, consueta a los afligidos, a quien carece de los medios necesarios dispón tú almas generosas que los socorran, a quien se encuentra bajo la atrocidad de los dolores obtenles tregua y reposo, y así, fortalecidos, puedan con más paciencia soportar cuanto Jesús dispone para ellos.

Sigamos nuestro recorrido y entremos en las estancias de los moribundos. ¡Mamá mía, qué terror, cuántas almas están por caer en el infierno, cuántas después de una vida de pecado quieren dar el último dolor a ese corazón repetidamente traspasado, coronando su último respiro con un acto de desesperación! Muchos demonios están en torno a ellas infundiendo en su corazón terror y espanto de los divinos juicios, y así dar el último asalto para llevarlas al infierno, quisieran hacer salir las llamas infernales para envolverlas en ellas y así no dar lugar a la esperanza. Otras, atadas a los vínculos de la tierra no saben resignarse a dar el último paso; ah Mamá, los momentos son extremos, tienen mucha necesidad de ayuda, ¿no ves cómo tiemblan, cómo se debaten entre los espasmos de la agonía, cómo piden ayuda y piedad? ¡La tierra ya ha desaparecido para ellas! Mamá Santa, pon tu mano materna sobre sus heladas frentes, acoge Tú sus últimos respiros; demos a cada moribundo la sangre de Jesús, y así, poniendo en fuga a los demonios, disponga a todos a recibir los últimos sacramentos y a una buena y santa muerte. Por consuelo démosles la agonía de Jesús, sus besos, sus lágrimas, sus llagas; rompamos las ataduras que los tienen atados, hagamos oír a todos la palabra del perdón y pongámosles tal confianza en el corazón, que hagamos que se arrojen en los brazos de Jesús. Y así, cuando Él los juzgue los encontrará cubiertos con su sangre, abandonados en sus brazos y a todos les dará su perdón.

Continuemos aún, oh Mamá; tu mirada materna vea con amor la tierra y se mueva a compasión de tantas pobres criaturas que tienen necesidad de esta sangre. Mamá mía, me siento incitada por la mirada indagadora de Jesús a correr, porque quiere almas; oigo sus gemidos en el fondo de mi corazón que me repiten: “¡Hija mía, ayúdame, dame almas!”

Pero mira, oh Mamá, cómo la tierra está llena de almas que están por caer en el pecado y Jesús rompe en llanto viendo a su sangre sufrir nuevas profanaciones. Se requiere un milagro que les impida la caída, por eso démosles la sangre de Jesús, para que encuentren en ella la fuerza y la gracia para no caer en el pecado.

Un paso más, Mamá mía, y he aquí almas ya caídas en la culpa, las cuales quisieran una mano que las levante, Jesús las ama pero las mira horrorizado porque están enfangadas, y su agonía se hace más intensa. Démosles la sangre de Jesús, y así encuentren esa mano que las levante. Mira, oh Mamá, son almas que tienen necesidad de esta sangre, almas muertas a la gracia; ¡oh cómo es deplorable su estado! El Cielo las mira y llora con dolor, la tierra las mira con repugnancia, todos los elementos están contra ellas y quisieran destruirlas, porque son enemigas del Creador. Ah Mamá, la sangre de Jesús contiene la vida, démosla pues a fin de que a su contacto estas almas renazcan, pero renazcan más bellas, tanto, que hagan sonreír a todo el Cielo y a toda la tierra.

Giremos aún, oh Mamá; mira, hay almas que llevan la marca de la perdición, almas que pecan y huyen de Jesús, que lo ofenden y tienen desesperanza de su perdón, son los nuevos Judas esparcidos por la tierra, y que traspasan ese corazón tan amargado. Démosles la sangre de Jesús, a fin de que esta sangre les borre la marca de la perdición y les imprima la de la salvación; ponga en sus corazones tal confianza y amor después de la culpa, que los haga correr a los pies de Jesús y estrecharse a esos pies divinos para no separarse de ellos jamás.

Mira, oh Mamá, hay almas que corren alocadamente hacia la perdición y no hay quien las detenga en su carrera. Ah, pongamos esta sangre delante a sus pies, para que al tocarla, ante su luz y sus voces suplicantes porque las quiere salvadas, puedan retroceder y ponerse en el camino de la salvación.

Continuemos, Mamá, nuestro giro; mira, hay almas buenas, almas inocentes en las que Jesús encuentra sus complacencias y el reposo en la Creación, pero las criaturas van a su alrededor con tantas insidias y escándalos, para arrancar esta inocencia y convertir las complacencias y el reposo de Jesús en llanto y amarguras, como si no tuvieran otra mira que el dar continuos dolores a ese corazón divino. Sellemos y circundemos pues su inocencia con la sangre de Jesús, como si fuera un muro de defensa, a fin de que no entre en ellas la culpa; con esa sangre pon en fuga a quien quisiera contaminarlas, y las conserve puras y sin mancha, a fin de que Jesús encuentre su reposo en la Creación y todas sus complacencias, y por amor a ellas se mueva a piedad de tantas otras pobres criaturas. Mamá mía, pongamos a estas almas en la sangre de Jesús, atémoslas una y otra vez con el Santo Querer de Dios, llevémoslas a sus brazos, y con las dulces cadenas de su amor, atémoslas a su corazón para endulzar las amarguras de su mortal agonía.

Pero escucha, oh Mamá, esta sangre grita y quiere todavía otras almas; corramos juntas y vayamos a las regiones de los herejes y de los infieles. ¡Cuánto dolor no siente Jesús en estas regiones! Él, que es vida de todos, no recibe en correspondencia ni siquiera un pequeño acto de amor y no es conocido por sus mismas criaturas. Ah Mamá, démosles esta sangre a fin de que les disipe las tinieblas de la ignorancia y de la herejía, les haga comprender que tienen un alma, y abra a ellas el Cielo. Después pongámoslas todas en la sangre de Jesús y conduzcámoslas en torno a Él como tantos hijos huérfanos y exiliados que encuentran a su Padre, y así Jesús se sentirá confortado en su amarguísima agonía.

Pero parece que Jesús no está aún contento, porque quiere otras almas aún. Las almas de los moribundos en estas regiones se las siente arrancar de sus brazos para ir a caer en el infierno. Estas almas están ya a punto de expirar y precipitarse en el abismo, no hay nadie a su lado para salvarlas; el tiempo apremia, los momentos son extremos y se perderán sin duda. No, Mamá, esta sangre no será derramada inútilmente por ellas, por eso volem inmediatamente hacia ellas, derramemos la sangre de Jesús sobre su cabeza y les sirva de bautismo e infunda en ellas Fe, Esperanza y Amor. Ponte a su lado, Mamá, suple todo lo que les falta, más aún, déjate ver, en tu rostro resplandece la belleza de Jesús, tus modos son en todo iguales a los suyos, y así, viéndote a Ti, con certeza podrán conocer a Jesús; después estréchalas a tu corazón materno, infunde en ellas la vida de Jesús que Tú posees, diles que siendo Tú su Madre las quieres para siempre felices contigo en el Cielo, y así, mientras expiran, recíbelas en tus brazos y

haz que de los tuyos pasen a los de Jesús; y si Jesús mostrase, según los derechos de la Justicia, que no las quiere recibir, recuérdale el amor con el que te las confió bajo la cruz, reclama tus derechos de Madre, de manera que a tu amor y a tus plegarias Él no sabrá resistir, y mientras contentará tu corazón, contentará también sus ardientes deseos.

Y ahora, oh Mamá, tomemos esta sangre y démosla a todos: A los afligidos, para que por ella reciban consuelo; a los pobres, para que sufran resignados su pobreza; a los que son tentados, para que obtengan la victoria; a los incrédulos, para que triunfe en ellos la virtud de la Fe; a los blasfemos, para que cambien las blasfemias en bendiciones; a los sacerdotes, a fin de que comprendan su misión y sean dignos ministros de Jesús. Con esta sangre toca sus labios, a fin de que no digan palabras que no sean de gloria de Dios; toca sus pies para que corran y vuelen en busca de almas para conducir las a Jesús.

Demos esta sangre a los que rigen los pueblos, para que estén unidos entre ellos y tengan mansedumbre y amor hacia sus súbditos.

Volemos ahora al purgatorio y démosla también a las almas purgantes, pues ellas lloran y suplican esta sangre para su liberación. ¿No escuchas, Mamá, sus gemidos, sus delirios de amor que las torturan, y cómo continuamente se sienten atraídas hacia el sumo bien? Mira cómo Jesús mismo quiere purificarlas para tenerlas cuanto antes consigo, las atrae con su amor, y ellas le corresponden con continuos ímpetus de amor hacia Él, pero al encontrarse en su presencia, no pudiendo aún sostener la pureza de la divina mirada, son obligadas a retroceder y a caer de nuevo en las llamas. Mamá mía, descendamos en esta profunda cárcel y derramando sobre ellas esta sangre, llevémosles la luz, mitiguemos sus delirios de amor, extingamos el fuego que las quema, purifiquémoslas de sus manchas, y así, libres de toda pena, vuelen a los brazos del sumo bien. Demos esta sangre a las almas más abandonadas, a fin de que encuentren en ella todos los sufragios que las criaturas les niegan; a todas, oh Mamá, demos esta sangre, no privemos a ninguna, a fin de que todas en virtud de ella encuentren alivio y liberación. Haz de reina en estas regiones de llanto y de lamentos, extiende tus manos maternas y una a una sácalas de estas llamas ardientes, y haz que todas emprendan el vuelo hacia el Cielo.

Y ahora hagamos también nosotras un vuelo hacia el Cielo. Pongámonos a las puertas eternas, y permíteme, oh Mamá, que también a Ti te dé esta sangre para tu mayor gloria. Esta sangre te inunde de nueva luz y de nuevos contentos, y haz que esta luz descienda en beneficio de todas las criaturas para dar a todas gracias de salvación.

Mamá mía, dame también a mí esta sangre; Tú sabes cuánto la necesito. Con tus mismas manos maternas retoca todo mi ser con esta sangre, y retocándome purifica mis manchas, sana mis llagas, enriquece mi pobreza; haz que esta sangre circule en mis venas y me dé toda la Vida de Jesús, descienda en mi corazón y me lo transforme en el corazón mismo de Jesús, me embellezca tanto que Jesús pueda encontrar todos sus contentos en mí.

Ahora sí, oh Mamá, entremos a las regiones celestiales y demos esta sangre a todos los santos, a todos los ángeles, a fin de que puedan recibir mayor gloria, prorrumper en himnos de agradecimiento a Jesús y rueguen por nosotros, y así en virtud de esta sangre podamos un día reunirnos con ellos. Y después de haber dado a todos esta sangre, vayamos de nuevo a Jesús. Ángeles, santos, vengan con nosotras; ah, Él suspira las almas, quiere hacerlas reentrar a todas en su Humanidad para darles a todas los frutos de su sangre. Pongámoslas en torno a Él y se sentirá regresar la Vida y recompensar por la amarguísima agonía que ha sufrido. Y ahora Mamá santa, llamemos a todos los elementos a hacerle compañía a fin de que también ellos le den honor a Jesús. Oh luz del sol, ven a disipar las tinieblas de esta noche para dar consuelo a Jesús; oh estrellas, con vuestros trémulos rayos descended del cielo y venid a dar consuelo a Jesús; flores de la tierra, venid con vuestro perfume; pajarillos, venid con vuestros trinos; elementos todos de la tierra, venid a confortar a Jesús. Ven, oh mar, a refrescar y a lavar a Jesús, Él es nuestro Creador, nuestra Vida, nuestro todo; vengan todos a confortarlo, a rendirle homenaje como a nuestro Soberano Señor. Pero, ay, Jesús no busca luz, estrellas, flores, pájaros, Él quiere almas, almas.

Helas aquí, dulce bien mío, a todas juntas conmigo; a tu lado está la amada Mamá, descansa entre sus brazos, también Ella tendrá consuelo al estrecharte a su seno, pues ha tomado mucha parte en tu dolorosa agonía; también está aquí Magdalena, está Marta, y todas las almas amantes de todos los siglos. Oh Jesús, acéptalas, y diles a todas una palabra de perdón y de amor; átalas a todas en tu amor, a fin de que ningún alma te huya más.

Pero me parece que dices: “¡Ah hija, cuántas almas por la fuerza huyen de Mí y se precipitan en la ruina eterna! ¿Cómo podrá entonces calmarse mi dolor, si Yo amo tanto a una sola alma cuanto amo a todas las almas juntas?”

Conclusión de la Agonía

Agonizante Jesús, mientras parece que está por apagarse tu vida, oigo ya el estertor de la agonía, veo tus bellos ojos eclipsados por la cercana muerte, tus santísimos miembros abandonados, y frecuentemente siento que no respiras más, y siento que el corazón se me rompe por el dolor. Te abrazo y te siento helado; te muevo y no das señales de vida. ¿Jesús, has muerto? Afligida Mamá, ángeles del Cielo, vengan a llorar a Jesús y no permitan que yo continúe viviendo sin Él, porque no puedo. Me lo estrecho más fuerte y oigo que da otro respiro y de nuevo no da señales de vida, y yo lo llamo: “¡Jesús, Jesús, vida mía, no te mueras! Ya oigo el ruido de tus enemigos que vienen a prenderte, ¿quién te defenderá en el estado en que te encuentras?” Y Él, sacudido, parece que resurge de la muerte a la vida, me mira y me dice:

“Hija, ¿estás aquí? ¿Has sido entonces espectadora de mis penas y de las tantas muertes que he sufrido? Debes saber, oh hija, que en estas tres horas de amarguísima agonía he reunido en Mí todas las vidas de las criaturas, y he sufrido todas sus penas y sus mismas muertes, dando a cada una mi misma Vida. Mis agonías sostendrán las tuyas; mis amarguras y mi muerte se cambiarán para ellas en fuente de dulzura y de vida. ¡Ah, cuánto me cuestan las almas! ¡Si fuese al menos correspondido! Por eso tú has visto que mientras moría, volvía a respirar, eran las muertes de las criaturas que sentía en Mí.”

Mi atormentado Jesús, ya que has querido encerrar en Ti también mi vida, y por lo tanto también mi muerte, te ruego por esta tu amarguísima agonía, que vengas a asistirme en el momento de mi muerte. Yo te he dado mi corazón como refugio y reposo, mis brazos para sostenerte y todo mi ser a tu disposición, y yo, oh, de buena gana me entregaría en manos de tus enemigos para poder morir yo en lugar tuyo. Ven, oh vida de mi corazón en aquel momento a darme lo que te he dado, tu compañía, tu corazón como lecho y descanso, tus brazos como sostén, tu respiro afanoso para aliviar mis afanes, de modo que conforme respire, respiraré por medio de tu respiro, que como aire purificador me purificará de toda mancha y me dispondrá al ingreso de la eterna bienaventuranza. Más aún mi dulce Jesús, aplicarás a mi alma toda tu Santísima Humanidad, de modo que mirándome me verás a través de Ti mismo, y mirándote a Ti mismo en mí, no encontrarás nada de qué juzgarme; después me bañarás en tu sangre, me vestirás con la cándida vestidura de tu Santísima Voluntad, me adornarás con tu amor y dándome el último beso me harás emprender el vuelo de la tierra al Cielo. Y ahora te ruego que hagas esto que quiero para mí, a todos los agonizantes; estréchatelos a todos en tu abrazo de amor y dándoles el beso de la unión contigo sálvalos a todos y no permitas que ninguno se pierda.

Afligido bien mío, te ofrezco esta hora santa en memoria de tu Pasión y muerte, para desarmar la justa ira de Dios por los tantos pecados, por la conversión de todos los pecadores, por la paz de los pueblos, por nuestra santificación y en sufragio de las almas del Purgatorio. Pero veo que tus enemigos están ya cerca y Tú quieres dejarme para ir a su encuentro. Jesús, permíteme que te de un beso en tus labios, en los cuales Judas osará besarte con su beso infernal; permíteme que te limpie el rostro bañado en sangre, sobre el cual lloverán bofetadas y salivazos, y estrechándome fuerte a tu corazón, yo no te dejo, sino que te sigo y Tú me bendices y me asistes.

* * * * *

Antes de comenzar apropiadamente al análisis de esta Hora, debemos dejar consignadas algunas reflexiones preliminares sobre la estructura de la narración.

En los primeros párrafos de esta Hora, Luisa narra los acontecimientos externos de esta última Hora de Agonía en el Huerto, y que tienen que ver principalmente con el Dolor renovado que tuvo al ver que Sus Discípulos predilectos continuaban dormidos a pesar de Sus Amonestaciones, y con los últimos sufrimientos necesarios para conseguir y completar la Renovación de todas las criaturas en Él, proceso que Él mismo llama: “reunir en Mí todas las vidas de las criaturas”.

Seguidamente, Luisa es testigo y, junto con Nuestra Señora, es principal participante en un Proceso extraordinario, desconocido hasta que ella Lo escribe y que pudiéramos describir como la Repartición de la Sangre derramada por Nuestro Señor en las Tres Horas de Agonía en el Huerto. Concurrentemente con las descripciones de lo que ocurre

en este Proceso, Luisa nos da a conocer la participación también extraordinaria de Nuestra Madre del Cielo en todo el proceso, y cómo esta Intercesión de Nuestra Madre en el quehacer humano alcanza niveles que solo sospechábamos con palabras como: El que es devoto de la Virgen se salva, o Ella no va a dejar que nos condenemos. Nos explicamos y explicaremos a medida que analicemos los distintos párrafos de esta Hora.

Por ahora digamos, que Jesús ha sellado esta segunda etapa de Su Pasión, con una Segunda Muerte, mejor diríamos, con múltiples Segundas Muertes: "de las tantas muertes que He sufrido". Ha sellado, repetimos, la Segunda etapa de la Pasión, y por tanto, una vez sellada, Su Sangre ha quedado "capacitada" para dar a toda la Creación, los Méritos por Él alcanzados, hasta ese momento, y los Frutos extraordinarios de Sanación espiritual y física, Conversión, Protección, Ayuda que sólo pertenecen a Su Sangre derramada, y derramada en esta segunda Etapa: Su Sangre es Prenda (es garantía) de Salvación.

Los Bienes que Nuestro Señor encerró en esta Sangre derramada en el Huerto, y los Méritos que consiguió, y que los hace nuestros como Don Perpetuo, Luisa, apropiadamente, siente la necesidad de repartirlos a todos, para salvarlos a todos y puedan venir a tomar su puesto en Su Humanidad. Nuestro Señor así la alienta, y se lo pide con estas palabras: "Almas, almas, vengán, alívenme, tomen su puesto en mi Humanidad, os quiero, os suspiro!".

En esta segunda etapa de la Pasión, en estas Tres Horas de Derramamiento de Su Sangre en el Huerto, para conseguir el Rehacimiento de todas las criaturas en Él, Jesús ha sellado, ha garantizado con Su Sangre nuestra Redención, por lo que Luisa se siente capaz de exclamar estas palabras: "quiero ir a todas las almas para darles tu sangre como prenda de Su Salvación".

Y comencemos con el análisis de esta Séptima Hora.

* * * * *

Dulce bien mío, mi corazón no resiste; te miro y veo que sigues agonizando. La sangre a ríos te escurre por todo el cuerpo y con tanta abundancia, que no sosteniéndote en pie has caído en un lago de sangre. ¡Oh mi amor, se me rompe el corazón al verte tan débil y agotado! - (T)

En este capítulo Jesús enfatiza el valor y la utilidad de Su Sangre; párrafo tras párrafo va a hablar con estas palabras: "en Mi Sangre encontraréis el remedio de todos los males".

Luisa piensa que no va a poder resistir el dolor de ver a Jesús cubierto de sangre, y añade algo muy interesante: Jesús cae al suelo y queda bañado en Su Propia Sangre, y al cubrirse en Su Propia Sangre cubre a todas las criaturas con Ella y nos lava de todas nuestras culpas. Jesús cubre al hombre Adán y a toda su descendencia con esta Sangre.

Este es el Bautismo de Sangre al que aludiremos mas adelante, cuando hablemos del Proceso de la Repartición de Su Sangre. Como siempre sucede con todo lo que Jesús hace, para validar cualquier actividad que luego Nos pedirá que hagamos, Él necesita hacerla primero Él, para darle el Valor y la Utilidad por Él buscada.

Tu rostro adorable y tus manos creadoras se apoyan en la tierra y se llenan de sangre; - (T)

Jesús apoya Su Rostro y Sus Manos sobre la tierra que lo ha negado. Sus Manos creadoras la tocan para perdonarla y transformarla. Bendice con Sus Manos esta tierra.

El Papa Juan Pablo II, en cada país que visitaba solía arrodillarse y besar esa tierra, como Vicario de Cristo, bendiciéndola, en el mismo gesto que hizo Jesús en esta hora.

Me parece que a los ríos de iniquidad que te mandan las criaturas, Tú quieras dar ríos de sangre para hacer que estas culpas queden ahogadas en ellos y así, con eso, dar a cada uno el reescrito de tu perdón. - (T)

La Humanidad se asemeja a un río constante que porta y arrastra iniquidades, pecados, que se abalanzan sobre Jesús, como queriendo ahogarlo. Y Jesús, para defenderse, y defender a la criatura, ahoga a estas culpas, iniquidades y pecados con Su Sangre; y al eliminar sus culpas, Las dota con el Reescrito de Su Perdón. La palabra Reescrito, que en el Diccionario existe bajo el nombre de Rescripto, se define como: "Decisión del Papa, Emperador,

o cualquier soberano, para resolver una consulta o responder a una petición. También dice, que Rescripto es la continuación de una petición con que se le pide alguna gracia, privilegio o dispensa”.

A la petición del Mesías, El Padre responde dándonos el Rescripto de Su Perdón.

Es interesante que recordemos que ya ésta imagen de impetuosidad del pecado que aquí lo ahoga, y en la primera hora, dice que Le muerde, es extremadamente importante cuando consideramos los sufrimientos de Nuestro Señor. Las culpas que la Divinidad Le presentaba, se las presentaba con esta impetuosidad que como ya hemos dicho, lo mordían y lo ahogaban.

Pero, oh mi Jesús, reanímate, es demasiado lo que sufres; baste hasta aquí a tu amor. - (T)

Luisa le pide a Jesús que controle Su Amor por las criaturas, porque es precisamente el Amor por ellas, el que lo hace sufrir tan intensamente. Aquí, el Amor, ese Ente engendrado por Él, el primogénito de Su Voluntad, el cual tiene muchas y variadas funciones, está actuando en este momento, en su función de Verdugo.

Y mientras parece que mi amable Jesús muere en su propia sangre, el amor le da nueva vida. -(T)

En este párrafo, vemos claramente que Jesús es reanimado de Su tremenda agonía, por el mismo Amor que lo ha estado castigando. El Amor lo sostiene y le da nueva Vida, para reanimarlo y ayudarlo a continuar Su Misión, los nuevos dolores que habrá de sufrir.

En este párrafo, Luisa dice, que Jesús parece que muere, pero ve que el Amor lo reanima. Sin embargo, cuando Jesús se refiere a este mismo pasaje, Él dice que moría. La apreciación de Luisa de esta escena, es distinta, a lo que Jesús manifiesta, que dice que muere.

Lo veo moverse con dificultad, se pone de pie y así, manchado de sangre y de fango, parece que quiere caminar, pero no teniendo fuerzas con trabajo se arrastra. - (T)

El Amor Le ha dado fuerzas para continuar, de hecho lo ha “resucitado”, pero la continuidad de los pecados de los hombres lo tienen manchado y Su Sangre lo cubre todo, pero es tanto el peso de esos pecados que no puede tenerse en pie, sino que con gran trabajo se arrastra, con lo que simboliza la magnitud de la culpa que hace que la criatura también se arrastre bajo su peso.

Dulce vida mía, deja que te lleve entre mis brazos. - (P)

Es aquí donde Luisa se ofrece para aliviarlo, cumpliendo con su misión de Víctima. Le pide que Le deje ayudarlo, confortarlo. Esta sola intención de Luisa de ayudarlo es lo que más Jesús aprecia, y es lo que en realidad sucede, cuando el alma que vive en Su Divino Querer, fundida en Él, lo acompaña en todo lo que Él hace.

¿Vas tal vez a tus amados discípulos? Pero cual no es el dolor de tu adorable corazón al encontrarlos de nuevo dormidos. - (T)

Jesús busca consuelo en Sus Discípulos, que son las almas más allegadas a Él, pero, más que sorpresa, sufre ahora una gran decepción al ver que esas almas no lo han acompañado y confortado en Su Dolor, como lo ha hecho Luisa. Estas almas han perdido el espíritu de continua oración, o comunicación constante con Él, que tanto Jesús menciona, y del que Luisa hablará en los párrafos siguientes; y en el momento que Él más lo necesitaba, Le han abandonado.

Y Tú con voz temblorosa y apagada los llamas: “Hijos míos, no durmáis, la hora está próxima, ¿no veis a qué estado me he reducido? Ah, ayúdenme, no me abandonéis en estas horas extremas. - (T)

La insistencia de Jesús en despertar a Sus Discípulos, es para darles a conocer que la Hora tan importante para Él, que es el Sacrificio de Su Vida, ya ha llegado, y que necesita la cooperación de ellos, para que unidos a Él, Le ayuden a comenzar Su Misión. Aquí Jesús refuerza el simbolismo que refleja una absoluta realidad: Para salvarnos, Él necesita de nuestra cooperación y aceptación.

Y casi vacilante estás a punto de caer a su lado, mientras Juan extiende los brazos para sostenerte. – (T)

Juan, tiene el privilegio de recibir a Jesús en sus brazos. No es casualidad que esto suceda. Luisa se refiere a Juan en otras ocasiones, como el Discípulo predilecto de Su Corazón, “el discípulo que más Él amaba, (Juan 13, 23)”, el discípulo aquél que apoyó su cabeza en el Pecho de Jesús en la última Cena, y aquél que en Sus últimos momentos de agonía en la Cruz, sería el escogido para proteger y cuidar a Su Santísima Madre.

Estás tan irreconocible que si no hubiera sido por la suavidad y dulzura de tu voz, no te habrían reconocido. – (T)

El sufrimiento interno causado por el Amor, que es Su Verdugo, hace que Su Humanidad sufra un daño tan atroz, que queda desfigurada e irreconocible; solo Su Voz no ha perdido esa cualidad de Dulzura que Le caracteriza

Después, recomendándoles que estén despiertos y que oren, regresas al huerto, pero con una segunda herida en el corazón. – (T)

Habiendo logrado Su Objetivo de despertarlos y alertarlos nuevamente, Jesús regresa para continuar Su Pasión en el Huerto, pero lleva consigo el recuerdo triste de lo experimentado con Sus Discípulos: ha sido una amonestación tristísima para Jesús.

En esta herida veo, mi bien, todas las culpas de aquellas almas que, no obstante las manifestaciones de tus favores en dones, besos y caricias, en las noches de la prueba, olvidándose de tu amor y de tus dones, quedan somnolientas y adormiladas, perdiendo así el espíritu de continua oración y vigilancia. – (I)

Luisa es testigo de que en este acto de Sus Discípulos, se pueden observar las culpas de las almas mas favorecidas, y que se olvidan de Sus muchos beneficios en los momentos de prueba moral, y pierden el espíritu de continua oración, sin el cual, nada bueno pueden hacer, ni nada agradable a Él pueden hacer, y se exponen mas fácilmente a caer en las tentaciones.

Esto que Luisa explica no es fácil verlo de primeras. Aquí todo gira alrededor del espíritu de continua oración, sobre el que ya hemos comentado en capítulos en los que Jesús habla sobre este tópico. Para explicar y entender correctamente el “espíritu de continua oración”, es necesario fijarse con particular cuidado en la palabra continuo. Al fijarnos en esa palabra, nos damos cuenta de que Jesús no habla de la oración “normal” que Le podemos dirigir en ciertos momentos de nuestro diario vivir. Estas oraciones “normales” pueden ser estructuradas, (rosarios, novenas, etc.), u oraciones “espontáneas, no estructuradas”, (exclamaciones de Amor ante acontecimientos prodigiosos, o agradecimiento expresado por habernos evitado algún peligro, etc.). Repetimos, no se trata aquí de esta clase de oraciones. Al decir continuo, quiere decir que nuestra actitud hacia Él es una de oración continua, expresada en cada una de nuestras acciones por insignificantes que sean. Si todo nuestro día está orientado conscientemente a que todo lo que hagamos sea una comunicación con Él, entonces hemos logrado el espíritu de continua oración que Él quiere.

Ahora bien, este espíritu de continua oración tiene dos grandes enemigos espirituales. Aquí Luisa habla del primero de esos enemigos, y consiste en que podemos olvidarnos, en los momentos de pequeñas pruebas, o dificultades, o contratiempos imprevistos, de que estamos y queremos estar en este espíritu de continua oración. Algunos ejemplos sencillos nos ayudarán a entender cómo se puede perder este espíritu. Estamos en nuestro trabajo sabiendo lo mucho que a Dios Le agrada que lo hagamos bien, lo mejor posible, y viene un cliente o compañero de trabajo molestos, y nos causa irritación, y por los próximos minutos, o a veces horas, perdemos el espíritu de continua oración porque decimos cosas como: “Yo no se porque yo tengo que hacer este trabajo bien, nadie lo agradece, etc.” ¿Cuál era el espíritu de continua oración? Hacer bien nuestro trabajo, como Él lo hacia. ¿Cómo lo perdimos? Haciendo mal nuestro trabajo, olvidándonos de que el trabajo lo hacemos bien por agradecerlo a Él, y a nadie más.

Otro ejemplo; hace un día esplendoroso, salimos a la calle, y normalmente damos gracias a Dios por la belleza del día y porque podemos disfrutarlo; pero hoy, nos duele mucho la cabeza, y nos olvidamos de que el día está bello, y de que tenemos que agradecerle el que Nos lo regale. Nuestra obligación en este espíritu de continua oración, es estar comunicados con Él continuamente, agradeciendo todo lo que Nos da para nuestro sustento y gusto, no cuando nos resulta conveniente o agradable a nosotros el estarle agradecido.

Otro ejemplo: tenemos que rezar las oraciones estructuradas a las que nos hemos comprometido diariamente, pero se nos ha hecho tarde y tenemos mucho sueño. Pensamos que las vamos a hacer mal, y como todo el mundo dice que hay que estar alerta para rezar, y yo no estoy alerta, por tanto me "salto" las oraciones del día. ¿Perdí el espíritu de continua oración? Definitivamente, porque Jesús no quiere oraciones comprometidas porque nosotros nos sentimos bien, sino que las quiere siempre. No estamos hablando de que habitualmente las hagamos mal, se trata de no perder el espíritu de continua oración, lo cual sucede cuando ahora no hacemos lo que tenemos que hacer.

En el espíritu de continua oración no entra a jugar la emoción que provoca nuestra unión con Él, sino la decisión inteligente de que Él quiere que estemos siempre en contacto con Él, y que esto lo hacemos diariamente, independientemente de cómo nos "sintamos" ese día.

Lo que Jesús le pidió a Sus Discípulos predilectos era bien sencillo, no era una prueba trascendente, sólo tenían que vencer el adormilamiento propio de lo tardío de la noche, y el cansancio del día. Esto no lo hicieron, ni mal ni bien: no lo hicieron. La clave en el espíritu de continua oración radica en hacer lo que tenemos que hacer o se nos pide que hagamos.

Mi Jesús, es cierto que después de haberte visto, después de haber gustado tus dones, para permanecer privados y resistir se necesita gran fuerza, sólo un milagro puede hacer que tales almas resistan la prueba. - (I)

Cuando las almas se acostumbran a recibir Dones y Favores de Jesús, les es fácil resistir la tentación porque se sienten enervadas y vigorizadas para resistir; pero cuando se ven privadas de Él, y de Sus Dones, se debilitan y les es muy difícil resistir como antes, y como dice Luisa, hace falta un gran Milagro para que perseveren en estas circunstancias. Esto ya lo sabemos de sobra, y grandes teólogos nos han advertido de esta posible situación, en la que la privación parece como que nos empuja al pecado.

Sin embargo, como este párrafo es continuación de aquél en el que Luisa habla sobre el espíritu de continua oración, es necesario que añadamos algo más a lo anteriormente explicado.

Si Jesús quiere de nosotros un espíritu de continua oración, y este espíritu puede perderse, por desgracia, con gran facilidad, debemos pedirle, y pedirle frecuentemente que Nos Ayude con un gran milagro: el que no perdamos este espíritu, aun en presencia de las dificultades grandes o pequeñas que se nos puedan presentar, entre las cuales, Su aparente Privación es posiblemente la más importante y la más difícil de vencer de todas las dificultades.

Por eso, mientras te compadezco por esas almas, cuyas negligencias, ligerezas y ofensas son las más amargas a tu corazón, te ruego que en caso de que ellas llegasen a dar un solo paso que pueda en lo más mínimo disgustarte, las circundes de tanta Gracia que las detengas, para que no pierdan el espíritu de continua oración. - (I)

Luisa quisiera que Jesús interviniera directamente con Gracias especialísimas, para evitar que estas almas Le ofendan al sentirse privadas de Él. Ella reconoce que solo manteniéndose en espíritu de continua oración, el alma, sean cualesquiera las circunstancias en las que estuviere, puede resistir cualquier tentación. Como ya hemos explicado ampliamente, la consecuencia práctica de todo esto, es que debemos mantener nuestros hábitos de oración, tanto estructurada como espontánea, intactos, y nuestra actitud de agradecerle en todo, y por todos, sin importarnos las circunstancias adversas que se nos puedan presentar.

Mi dulce Jesús, mientras regresas al huerto, parece que no puedes más; levantas al Cielo la cara manchada de sangre y de tierra y por tercera vez repites: "Padre, si es posible pase de Mi este cáliz. - (T/I)

En esta exclamación de Jesús, Su Voluntad es, que el Padre Le ayude y Le de consuelo, pero si no es la Voluntad de Su Padre el ayudarlo y consolarlo, Él lo acepta. Una vez más Jesús quiere que se sepa, que en ninguna de las tres veces que Él profirió esta exclamación, nunca trató de "quitarse el problema de encima", porque obviamente a esto había venido a la tierra, para echarse encima el problema humano.

Creemos se hace necesario comentar con relativa amplitud los significados, que por boca de Luisa, Jesús Nos da sobre el tan conocido pasaje evangélico en el que Él exclama: "Padre, si es posible pase de Mi este cáliz, pero no se haga Mi Voluntad sino la Tuya".

En primer lugar, el lector observará que Luisa repite la frase solamente dos veces, aunque dice en esta oportunidad que es la tercera vez que Jesús la repite. Debemos percatarnos de que Luisa acude al llamado de Jesús en la Primera Hora de Agonía en el Huerto, y que cuando ella comienza su narrativa, ya Jesús está en plena "labor" mesiánica, ya está en agonía. Pensamos que cuando ella llega, ya Jesús ha pronunciado la frase por primera vez, pero Luisa no la oye. Sin embargo, por lo que transpira en las conversaciones posteriores que Jesús tiene con Luisa, podemos adivinar que el Cáliz del que Jesús habla, es el cáliz de Amargura que el Padre le enviara por medio de un Ángel, y que tiene que beber de ese cáliz en plena soledad. El Cáliz de Amargura no es más que todas las Penas que La Divinidad, a través del Amor, va a enviarle, para hacerle sufrir, con intensidad infinita, todo lo que va a sufrir en el resto de Su Pasión, y va a sufrirlo, todo de un golpe, en las partes más íntimas a donde no pueden llegar las criaturas para ofenderle.

Padre Santo, ayúdame, tengo necesidad de consuelo; - (H)

Empieza Jesús a explicar Su necesidad de consuelo. La palabra "consuelo" quiere decir "descanso, alivio de la pena, molestia, o fatiga que aflige y oprime el ánimo". Jesús quiere pues, solidaridad del Padre con los dolores que sufre. Uno no puede auto-consolarse, por mucho que uno pretenda hacerlo; el consuelo siempre tiene que venir de fuera de nosotros, aun en el caso de Jesús.

Sus dos primeras peticiones han sido negadas. Se le anunció y recibió, primeramente, el Cáliz de Amargura, el Cáliz de todas las Penas que la Divinidad iba a infligir a Su Humanidad. Seguidamente, se Le anunció y recibió, la Pena de conocer que las almas continuarían perdiéndose, en el ejercicio de su libre albedrío, a pesar de Su Petición y de Sus Esfuerzos Redentores.

Ahora, quiere que pase de Él, el Cáliz del Desconsuelo; necesita "romper", aunque solo sea por unos segundos o minutos, la ininterrumpida Pena que siente, el continuo Desamor de las criaturas que querrán perderse a pesar de Sus Esfuerzos; y desamor que sabe, ya nunca Le abandonará hasta el fin de los tiempos; quiere un "descanso" al peso de la Indignación de la Justicia Divina; quiere un "alivio" al Disgusto del Padre que Lo vé cargado con todas las ofensas de las criaturas. Necesita y pide, Ayuda y Consuelo; ya que no Le han querido conceder las primeras dos peticiones, quiere ahora, al menos, ayuda para soportarlo todo.

Es verdad que por las culpas que he tomado sobre Mí soy repugnante, despreciable, el último entre los hombres ante tu Majestad infinita; - (H)

Jesús esta aquí de acuerdo con el Padre, en que debido a las culpas de todas las criaturas, es decir, debido al cúmulo de toda la maldad humana que pesa sobre Él, tiene que causarle horror al Padre, el contemplar a que estado se ha abajado Su Hijo; Su único Hijo, que como el Padre, es también Rey, y posee por ser Dios, la Misma Majestad y Belleza infinitas. Este exceso de Su Humildad por salvar a las criaturas, lo ha hecho repugnante y despreciable, el último entre todos.

Tu Justicia está indignada conmigo; - (H)

La Justicia Divina está indignada contra Jesús, que representa en estos momentos a la criatura.

En el libro profético de Daniel, Jesús se Le aparece a este gran profeta de la antigüedad, y se auto-denomina, por primera vez, con el título, tan honroso para Él, de Hijo del Hombre, de ser nuestro Representante, y que luego en Su Predicación, utilizará también extensamente para referirse a Él mismo, y como validación a las Escrituras.

Pero mírame, Oh Padre, soy siempre tu Hijo, que formo una sola cosa contigo. ¡Ah, ayuda, piedad oh Padre, no me dejes sin consuelo!" - (H)

Vuelve a recordarle, que a pesar de todo lo que está sucediendo, de su apariencia, tanto interna como externa, nunca ha dejado de ser Su Hijo, porque forma una sola cosa con Él, es Dios con Él, y vuelve a insistir, basado en esto, en el Consuelo que necesita y que ya anteriormente Le había pedido.

Después me parece oír, oh dulce bien mío, que llamas en tu ayuda a la amada Mamá: “Dulce Mamá, estréchame entre tus brazos como me estrechabas siendo niño; dame aquella leche que tomaba de ti para darme fuerzas y endulzar las amarguras de mi agonía; - (H)

Jesús acude ahora a Su inseparable Mamá, pidiéndole ayuda y consuelo, como lo recibía en Su Infancia cuando las naturales contrariedades físicas, hambre, sueño, etc., lo rodeaban y mortificaban. Le pide aquella leche de Nuestra Madre que no solo lo alimentaba físicamente, sino espiritualmente porque en aquella leche que tomaba, Jesús se nutría con el alimento de la Divina Voluntad que la Virgen, Su Madre, poseía a plenitud. Jesús necesita en estos momentos, y en forma muy especial de la ayuda de Su Madre. Recordemos que ya desde la Primera Hora, Jesús va en Su búsqueda para recibir Su Bendición y los primeros consuelos, anticipatorios a todo este pesar que ahora Le envuelve.

Dame tu corazón que es todo mi contento. Mamá mía, Magdalena, amados apóstoles, todos vosotros que me amáis, ayudadme, confortadme, no me dejéis solo en estos momentos extremos, hacedme todos corona a mi alrededor, denme por consuelo vuestra compañía y vuestro amor.” - (H)

Jesús clama aquí por toda la ayuda posible. Pide primero el Corazón de Su Madre Santísima porque Su Madre es todo Su Contenido; pide la compañía de todos aquellos que Le conocen y Le aman, y que en el curso de estas tres horas han estado alejados de Él, o por miedo, o por Voluntad de Su Padre; pide que esas almas Le den consuelo. También a nosotros que leemos estas Horas Nos pide compañía y consuelo: no somos espectadores que leen o observan una obra de teatro, somos activos participantes como Luisa, y como Luisa y las otras almas amantes, podemos hacerle compañía y darle consuelo a Nuestro Señor.

Jesús, amor mío, ¿quién puede resistir el verte en estos extremos? ¿Qué corazón será tan duro que no se rompa al verte ahogado en sangre? ¿Quién no derramará a torrentes amargas lágrimas al escuchar los dolorosos acentos que buscan ayuda y consuelo? - (T)

Al oír esta Petición de Jesús, Luisa se siente movida, como debemos sentirlo nosotros, a profunda compasión y exclama a nombre de todos, que no es posible que haya alguna criatura que no se conmueva al verlo en ese estado tan doloroso, y no quiera ayudarlo y consolarlo. Al menos, para las almas que Le aman eso es imposible.

Jesús mío, consuélate; veo que ya el Padre te envía un ángel como consuelo y ayuda, para que puedas salir de este estado de agonía y puedas entregarte en manos de los judíos. Y mientras estés con el ángel, yo recorreré Cielo y tierra. - (T)

Luisa le anuncia que Su Petición ha sido escuchada, y que el Padre Le está enviando un Ángel para que pueda recuperarse y continuar con la Misión de Redención. Luisa aprovecha la oportunidad de que Jesús ya tiene un Cáliz de Consuelo, y puede ella ausentarse de Su Presencia y empezar a recorrer Cielos y tierra para Repartir Su Preciosísima Sangre.

COMIENZA EL PROCESO DE LA REPARTICION DE LA SANGRE DE JESÚS

Tú me permitirás que tome esta sangre que has derramado, a fin de que pueda darla a todos los hombres como prenda de la salvación de cada uno - (P)

Esta exclamación de Luisa declara una intención y una petición de permiso. Su intención es tomar y llevar la Sangre que Jesús ha derramado, y llevarla a todos como prenda, como señal de salvación a cada uno. La “prenda” siempre se ha usado como muestra de unión de voluntades, de seguridad en la intención. Así, los novios intercambian anillos, prendas de su fidelidad y de su entrega mutua. Así, los regalos presentados, son prenda de afecto entre amigos y familiares. La Sangre de Jesús, es en realidad, la señal externa de Su Compromiso de salvarnos. Esto Luisa lo entiende perfectamente y por eso quiere llevar a todos el Compromiso de salvación de Jesús.

Y llevarte por consuelo y en correspondencia, sus afectos, latidos, pensamientos, pasos y obras. - (P)

Luisa sabe que todo lo que viene de Jesús a las criaturas requiere de nuestra correspondencia; el hecho de que muchos ignoramos esta placentera y fructífera obligación nuestra no quiere decir que la obligación no esté presente siempre. Luisa siempre muestra su intención de, o llevarle a Jesús nuestra correspondencia, o de dar, ella misma, correspondencia por todos y a nombre de todos.

Celestial Mamá mía, vengo a Ti para que vayamos juntas a todas las almas dándoles la sangre de Jesús. Dulce Mamá, Jesús quiere consuelo, y el mayor consuelo que le podemos dar es llevarle almas. - (I/P)

Luisa interpreta con toda claridad que Jesús quiere almas, esas almas que ha comprado ya con esta segunda muerte, y Le ha dado la encomienda a Luisa para que le traiga todas esas almas que ya están salvadas, pero que todavía no lo saben. Luisa interpreta que con la repartición de esta Sangre de Jesús, ella logrará que todas las almas conozcan y quieran acogerse a esa Salvación, y de esta manera, Luisa podrá traerle a Jesús estas almas convertidas y salvadas.

Todo este Proceso de Repartición, es por tanto necesario para hacer conocer a todos que Jesús Nos ha salvado, rehaciendo todas nuestras vidas y escondiendo esas vidas rehechas por Él, dentro de Su Humanidad; que la prenda para conocer ésto, que ha sucedido ya, es recibir esta Sangre Suya, en cualquier estado en el que estén nuestras almas, y que una vez conocida, recibida esa Sangre por todos y cada uno, Luisa puede traerle a Jesús esas almas salvadas ya por la Sangre recibida. Cuando Jesús reciba estas almas en Sí, en Su Humanidad, Jesús se sentirá aliviado y feliz, porque Su Labor no ha sido en vano, y Su Sangre no se ha derramado en vano. Pero, no es solo como Prenda de Salvación por lo que Luisa quiere repartir esta Sangre y facilitar el proceso descrito; la Sangre de Jesús contiene un valor infinito que alcanza a todos, y si a algunos Le servirá de Salvación, a otros, Les servirá para aumentar Su Felicidad. Esto ya lo veremos al final de esta Repartición cuando Luisa da esta Sangre a todos los Angeles, a los Bienaventurados y hasta la Misma Virgen Madre.

Magdalena, acompáñanos; ángeles todos, venid a ver a qué estado se ha reducido Jesús. Él quiere consuelo de todos y es tal y tanto el abatimiento en el cual se encuentra, que no rechaza ninguno. - (P)

Luisa hace una invitación a María Magdalena para que las acompañe en este proceso que tendrá lugar en los próximos párrafos. Enfatiza nuevamente la palabra Consuelo como que es lo que Jesús quiere en estos instantes tan dolorosos. En este caso, el consuelo solo puede venir por la iniciativa tomada por Luisa de "reclutar" a todos los que verdaderamente aman a Jesús, para traerle a Jesús todas las almas.

Jesús mío, mientras bebes el cáliz lleno de intensas amarguras que el Padre te ha enviado, oigo que suspiras más, que gimes y que deliras, y con voz sofocada dices: "¡Almas, almas, vengan, alívienme, tomen su puesto en mi Humanidad, os quiero, os suspiro! ¡Ah, no seáis sordas a mi voz, no hagáis vanos mis deseos ardientes, mi sangre, mi amor, mis penas! ¡Vengan, almas, vengan!" - (T)

Luisa es testigo de estas palabras de Jesús con las que confirma Sus Más grandes deseos, a saber, Jesús quiere a todas las almas para que ocupen el puesto, en Su Humanidad, que Él ha diseñado desde toda la eternidad para todas y cada una de nuestras almas. Jesús suspira y desea a todas las almas, no quiere que se le escape una sola, de las "que el Padre Le ha confiado".

Delirante Jesús, cada gemido tuyo y suspiro es una herida a mi corazón, que no me da paz, por lo que hago mía tu sangre, tu Querer, tu ardiente celo, tu amor, y girando por Cielo y tierra quiero ir a todas las almas para darles tu sangre como prenda de su salvación - (T/P)

Como alma amante de Jesús y espectadora de todos Sus Sufrimientos, Luisa no puede tener reposo; cada gemido de Jesús la urge para que ella gire, se pasee, por toda la Creación, por todas las criaturas para reclamar sus almas con la prenda de Salvación: la Sangre de Jesús.

El Agua Bautismal, reclama para Dios el alma perdida por el pecado original, y es así como debemos reflexionar siempre que reflexionemos sobre el Bautismo Sacramental: un reclamo de Dios al alma perdida. Es de particular importancia, pues, que empecemos a mirar ahora a este Proceso de la Repartición de la Sangre de Jesús, como un Bautismo de Sangre, y dado el particular interés de Jesús por hacernos conocer lo que acontecía en esta Hora relativa a este Proceso, debemos repetir estas mismas intenciones de Luisa, no solo al leerlas, sino en todas las

circunstancias descritas por ella en esta Hora. Recordemos que todo conocimiento que Jesús Nos da, Nos lo da para que lo utilicemos con Sus Mismas Intenciones.

Y llévartelas a Ti para calmar tus deseos, tus delirios y endulzar las amarguras de tu agonía. Y mientras hago esto, Tú acompáñame con tu mirada. - (P)

Termina Luisa este párrafo exhortativo, ratificando que entiende la intención de Jesús en este Proceso: Jesús quiere que Luisa calme Sus Deseos y Delirios de Amor, y endulce las amarguras particularísimas de esta Agonía de las Tres Horas del Huerto. Asimismo, Le pide Su Ayuda, "acompañame con Tu Mirada", porque la labor es difícil y cuesta arriba.

() Mamá mía, vengo a Ti porque Jesús quiere almas, quiere consuelo. Así que dame tu mano materna y giremos juntas por todo el mundo en busca de almas. - (P)**

Nuevamente Luisa le pide a la Madre Celestial que la acompañe a todas partes, en busca de almas, porque quiere consuelo para Jesús. Los cuatro párrafos que están precedidos por (**) pertenecen a un Bloque de conocimientos que explicaremos al terminar el cuarto de los párrafos.

() Encerremos en su sangre los afectos, los deseos, los pensamientos, las obras, los pasos de todas las criaturas, - (P)**

En este párrafo, Luisa no habla de repartir la Sangre de Jesús, sino de buscar todos los afectos, deseos, pensamientos, obras y pasos de todos para encerrarlos en Su Sangre, y así presentárselos a Jesús para Su Consuelo.

() Y arrojemos en sus almas las llamas del corazón de Jesús, a fin de que se rindan, - (P)**

Y ahora quiere arrojar en todas las almas, las llamas del Corazón de Jesús, para que se rindan a Él. Aquí Luisa, sin decirlo con claridad, habla de un intercambio de todo lo que es propio de la criatura, por las llamas del Corazón de Jesús. En Su Sangre, ella quiere "lavar" todas nuestras imperfecciones y pecados, y quiere darnos a cambio las llamas purificadoras de Su Corazón para ayudarnos en las futuras tentaciones y posibles caídas.

() Y así, encerradas en su sangre y transformadas en sus llamas, las conduciremos en torno a Jesús para endulzarle las penas de su amarguísima agonía. - (T/P)**

Y así adornadas, dice Luisa, poder conducir las delante de Jesús, y en torno a Jesús, para formarle un adecuado cortejo que Le alivie las penas de Su Amarguísima Agonía. En nuestra imaginación veamos a Jesús rodeado muy de cerca por las almas así purificadas y transformadas en Sus Mismas Llamas, y estar tan cerca de Él que ya no vea ni sienta las penas de esta Amarguísima Agonía.

Debemos ahora detenernos un poco para dar explicaciones adicionales sobre los cuatro párrafos que hemos querido destacar con (**). Primeramente, vamos a reordenar un poco toda la secuencia de los cuatro párrafos, y así diremos:

"Mamá mía, vengo a Ti porque Jesús quiere almas, quiere consuelo. Así que dame tu mano materna y giremos juntas por todo el mundo en busca de almas; arrojemos en sus almas las llamas del corazón de Jesús, a fin de que se rindan; *y ahora*, encerremos en Su Sangre los afectos, los deseos, los pensamientos, las obras, los pasos de todas las criaturas *transformadas por las Llamas*, y así, transformadas por Sus Llamas y encerradas en Su Sangre, las conduciremos en torno a Jesús para endulzarle las penas de su amarguísima agonía.

Este proceso en reversa, que se hace necesario para "endulzar ahora las penas de Su Amarguísima agonía", debemos resumirlo con todo cuidado, porque es clave para entender adecuadamente, el Proceso de la Repartición de la Sangre de Jesús. El énfasis aquí está en el orden en que Luisa, inspirada por Jesús, quiere realizar estos Procesos.

- 1) Luisa quiere que la Virgen la acompañe "por todo el mundo" para buscar los afectos, deseos, pensamientos, obras, pasos, o sea, quiere buscar la persona de cada criatura, lo que cada criatura es.

- 2) Luisa quiere, a medida que encuentran a las criaturas, arrojar en sus almas, en sus personas, las llamas del Corazón de Jesús, a fin de que se rindan a Él.
- 3) Luisa quiere, encerrar en la Sangre de Jesús que todavía no han repartido, todas las personas humanas, ya transformadas por las llamas del Corazón de Jesús, y rendidas a Él.
- 4) Una vez transformadas por las llamas, y encerradas en la Sangre de Jesús, que ella tiene en sus manos, Luisa quiere conducir las a todas a la Presencia de Jesús, para endulzarle Sus Penas.
- 5) Esta sangre que ahora lo contiene todo, es la que Luisa va a repartir, a devolver a todos nuevamente, como Prenda de Salvación. Todas las criaturas han sido transformadas ya, y están encerradas en Su Sangre, y por tanto están ya en Él así transformadas. Y es esta Sangre ahora la que Luisa va a repartir, básicamente devolviendo a cada criatura nueva Vida, como si se hubiera efectuado una Transfusión de Sangre de nosotros a Jesús, y ahora nuestra sangre, en la de Jesús, enriquecida con los Méritos de Jesús, vuelve a nuestros cuerpos y nos reintroduce una Vida eterna, Su Vida.

Ángel mío de mi guarda, precédenos tú, y ve disponiendo a las almas que han de recibir esta sangre, a fin de que ninguna gota quede sin su copioso efecto. - (P)

Y ahora comienza apropiadamente el proceso de la Repartición. Luisa da aquí homenaje y agradecimiento a Dios, por el ángel Guardián, y al mismo tiempo le da una encomienda importantísima: la de ir delante de Ellas, anunciando la "buena nueva" de la Repartición de la Sangre de Jesús a todas las criaturas; anunciando que pronto viene la Prenda de Salvación. Luisa quiere que ni una sola gota de la Sangre de Jesús quede sin el "copioso efecto", o sea, sin el abundante efecto que ésta Sangre tiene para cada criatura; que ninguno de los Bienes que esa Sangre encierra, se pierda. Esta siempre ha sido la misión excelsa del Ángel, y más aun del muy especial Ángel Guardián de Luisa: la de ser Mensajero de Dios en los acontecimientos verdaderamente importantes de la historia humana.

¡Mamá mía, pronto, giremos! Veo la mirada de Jesús que nos sigue, escucho sus repetidos sollozos que nos incitan a apresurar nuestra tarea. - (P)

Ya Luisa ha pedido permiso, y Jesús se lo ha concedido. Ella quiere que Jesús reciba alivio y consuelo para poder continuar con las restantes etapas de Su Pasión, y sabe que la mejor manera de hacerlo es llevando a todos los Frutos de esta inconcebible Agonía y Muerte, en la que ha rehecho todas nuestras Vidas y ha sufrido todas las Penas que la Divinidad Le ha infligido. Además, ella ha pedido y se le ha concedido, el poder encerrar en la Sangre de Jesús todas las obras de todas las criaturas y las ha intercambiado por las Llamas Purificadoras de Su Corazón. Esta Sangre Suya, va "cargada al máximo" de todo lo bueno, de todo lo santo, de todo lo trascendente de esta Pasión de Nuestro Señor: es nuestra Prenda de Salvación; es el "remedio a todos nuestros males".

Para poder hacer esta Repartición hay que visitar a todos y esto solamente se consigue espiritualmente, "girando", paseándose por toda la creación, y Le Pide a Nuestra Madre Santísima que ella la acompañe, porque sin Nuestra Madre nada se hace, ni puede hacerse.

Comienza Luisa a repartir la Sangre de Jesús. No hay un orden específico en este Proceso, ni se reparte en función de alguna prioridad pre-establecida. Como veremos, Su Sangre va a ser dada a todos, sin excepción, porque es tal Su Poder, es tanto lo que esa Sangre Suya encierra, que a todos beneficia. Conviene destacar que esta Repartición ella la hará basada en los distintos estadios en que se encuentra la Humanidad en cada momento, estadios en los que cada uno de nosotros, nos encontramos; o, en los que más tarde o más temprano, nos encontraremos. Ella, pues, repartirá Su Sangre:

- 1) A los enfermos, que tienen quien los ayuden.
- 2) A los enfermos, que sufren solos la enfermedad que los aqueja.
- 3) A los moribundos que por el Bautismo son parte del Cuerpo Místico de Jesús.
- 4) A los que están siendo tentados y a punto de pecar.

- 5) A los que están pecando.
- 6) A los que ya han pecado y concientes de la gravedad de su habitual estado de pecado, desesperan de Su Perdón.
- 7) A los que ya han pecado e inconcientes de la gravedad de su pecado, corren alocadamente hacia su perdición.
- 8) A las almas buenas, de cualquier clase y condición social, a las almas justas que están continuamente rodeadas de peligros y tentaciones.
- 9) A los herejes que Le niegan y Le atacan.
- 10) A los infieles que no Le conocen.
- 11) A los herejes e infieles moribundos.
- 12) A los afligidos.
- 13) A los pobres de bienes materiales.
- 14) A los que son tentados.
- 15) A los incrédulos.
- 16) A los blasfemos.
- 17) A los sacerdotes y la clase religiosa en general.
- 18) A los gobernantes.
- 19) A las almas en el Purgatorio.
- 20) A Nuestra Madre Celestial.
- 21) A Luisa.
- 22) A todos los Santos y a todos los Ángeles en el Cielo.

Como observamos, el alcance de esta Repartición es universal, y la profundidad psicológica y espiritual con la que Luisa analiza la "condición humana", utilizando el apelativo de Malraux, debe llevar a cualquier lector, por casual que sea su lectura de este Libro maravilloso, a la conclusión de que sólo Jesús podía inspirarle a Luisa estas páginas de luz y verdad. Y comencemos ahora a estudiar en detalle, cada uno de los párrafos.

Estadio Primero:

Y he aquí, Mamá, a los primeros pasos nos encontramos a las puertas de las casas donde yacen los enfermos. ¡Cuántos miembros desgarrados! Cuántos bajo la atrocidad de los dolores prorrumpen en blasfemias e intentan quitarse la vida, - (T)

Dice Luisa que a los primeros que encuentra en su "giro", el primer estadio de vida, es a los enfermos que están en su casa, pero claro está, aplica a todos los enfermos en hospitales y hospicios. En tiempos de Luisa, y particularmente en aquellos pueblos pequeños, no existía la estancia prolongada que hoy tienen los enfermos en los hospitales, y lo común era que el enfermo pasara la enfermedad en la casa, donde el médico de familia lo atendía. Aquí Luisa se detiene en aquellos enfermos, de más o menos gravedad, pero no gravedad de muerte, y reflexiona en el dolor que acompaña a la enfermedad, y cómo esa enfermedad y esos dolores sufridos, sin Fe en Dios, hace que esos enfermos blasfemen contra Dios, e intenten "aliviar" sus dolores quitándose la vida.

Estadio Segundo:

Otros son abandonados por todos y no tienen quien les dé una palabra de consuelo, ni los más necesarios socorros, y por eso mayormente maldicen y se desesperan. - (T)

Ahora Luisa se acerca a enfermos que se enfrentan solos a su enfermedad, sin amigos o familiares, bien porque han muerto ya, o porque los han abandonado a su suerte. En este segundo estadio de vida, la soledad que trae la falta de cariño familiar es aun más devastadora. No importa cuántos médicos y enfermeras o enfermeros rodeen al paciente; el alma del enfermo está sola, enfrentada al terror del dolor y de lo desconocido. Nada puede extrañarnos, que sin esa Fe en Dios que sostiene en estos momentos, esas almas se desesperen, maldigan y también deseen quitarse la vida, y si pueden lo hacen, o buscan almas desquiciadas que las maten.

En el próximo párrafo, Luisa, con pocas palabras, va directo al corazón de esta pregunta que angustia a toda la Humanidad: ¿Por qué Dios permite el dolor, permite la enfermedad?

Ah, Mamá, escucho los sollozos de Jesús que ve correspondidas con ofensas sus más delicadas predilecciones de amor que hacen sufrir a las almas para volverlas semejantes a Él. Ah, démosles su sangre, a fin de que les suministre las ayudas necesarias y con su luz les haga comprender el bien que hay en el sufrir y la semejanza que adquieren con Jesús;

Aquí la Sangre de Nuestro Señor que Luisa quiere repartir, les trae a estos enfermos el profundo conocimiento de la realidad de Su Dolor. Conociendo Su Dolor, entendemos el nuestro. En efecto, Luisa presenta a todo el que quiera leer y enterarse, la respuesta a la angustiada pregunta humana enunciada anteriormente: Jesús hace sufrir a las almas para volverlas semejantes a Él.

Hay un momento, en el largo proceso de la Conversión de un alma, en el que esa alma llega a comprender, cabalmente, la más grande verdad que llegará a conocer, y sin la cual verdad bien conocida, ninguna otra verdad llegará a conocer: Hay que imitar a Jesucristo. El esfuerzo de todo cristiano, no importa el grado de perfección al que haya llegado, tiene que ser el de imitarlo cada vez más, con mayor perfección. Esto implica, y esta es verdad que olvidamos muchas veces, que Él es el único que puede presentarnos la oportunidad para que Le imitemos. ¿Cuántas veces no dice Jesús en los Evangelios y en estos escritos de Luisa, que para ejercitar una Virtud hay que tener la oportunidad de practicarla? No se puede ser paciente a menos que se nos presente la oportunidad de demostrar paciencia. No se puede afirmar que somos castos, si no hemos practicado la virtud de la castidad, rechazando las tentaciones de impureza.

Todo cristiano conoce las palabras del Padre: "este es Mi Hijo Bienamado, oídle". La pregunta es: ¿Puede alguien decir que Le "oye", e ignorar que lo que "oye", es una invitación a imitarlo?

Luisa misma, no se "escapa" de esta etapa de purificación que conlleva la Imitación de Cristo. Los primeros volúmenes de los escritos, particularmente el primero, nos hablan con todo detalle de este constante moldear a Luisa para que se convierta en otro Cristo. Y así como nadie puede conseguir imitarlo a la perfección, no por eso podemos desaprovechar todas las oportunidades que Él nos presenta para que avancemos en este camino de la perfección a través de Su Imitación. Y, ¿cuál es la característica fundamental que define a Jesús? Como dice el

profeta Isaías, Jesús es el varón de dolores. Todas las manifestaciones del dolor humano y del divino que contemplan nuestras miserias provocadas por el pecado, están presentes en Jesús. ¿Qué puede darnos Jesús para imitarlo sino dolores? Recordemos las palabras de San Pedro, tan apropiadas al caso, cuando Le pidieron limosna: Ni oro ni plata tengo, pero lo que tengo te doy: En el nombre de Jesús, levántate y anda. Nosotros no vamos a un músico a pedirle cuadros, vamos a pedirle música. No vamos a un pintor para que nos dé una escultura, porque no la tiene para dárnosla. Y Jesús solo tiene dolores que darnos, y Nos los da para que podamos imitarlo. O, ¿es que hay alguna otra cosa en la que podamos imitarlo? Podrá quizás decirse que debemos imitar Sus Virtudes. Pero resulta, que todas las Virtudes de Jesús surgen del Dolor, porque todo lo bueno y virtuoso que hace, es en respuesta al Dolor Infinito de Su Padre y de Él mismo que ve a Sus criaturas en un abismo de ofensas del cual no pueden salir por sí solas.

Y tú Mamá mía, ponte a su lado y como Madre afectuosa toca con tus manos maternas sus miembros doloridos, alivia sus dolores, tómalas en tus brazos y de tu corazón derrama torrentes de gracias sobre todas sus penas. - (T/P)

En este párrafo Luisa invoca a Nuestra Madre para que participe en este Proceso. Estas peticiones a la Virgen se repetirán a través de todas las Reparticiones. Debemos tomar particular cuidado en reflexionar cómo la Intercesión de Nuestra Madre se realiza continuamente. En cada uno de los primeros 19 estadios, o si se quiere, en cada una de las primeras 19 situaciones humanas que hemos detallado en la página anterior, Nuestra Señora está constantemente intercediendo para conseguirnos las Gracias Especiales, que solo Ella puede conseguir para nosotros, y así ayudarnos a sobrellevar o a rebasar la situación o estadio.

Aquí Luisa Le pide que en forma particular ella esté al lado de los enfermos que están acompañados, para que con Sus Manos toque y alivie los dolores y derrame abundantes gracias sobre sus penas.

Haz compañía a los abandonados, consuela a los afligidos, a quien carece de los medios necesarios dispón tú almas generosas que los socorran, a quien se encuentra bajo la atrocidad de los dolores obténles tregua y reposo, y así, fortalecidos, puedan con más paciencia soportar cuanto Jesús dispone para ellos. - (T/P)

Ahora Luisa Le pide a Nuestra Señora que haga compañía a los enfermos abandonados, y para que propicie que alguien se ocupe de estos enfermos en su soledad y abandono. Pide una tregua, un reposo en el dolor continuo que muchas enfermedades traen consigo, porque en ese pequeño respiro o tregua, el enfermo encuentra paciencia y fortaleza para la nueva andanada de dolor que posiblemente se renueve. Así, imitamos a Jesús, que también se vio necesitado de pedir ayuda y consuelo en su extremo dolor.

Estadio Tercero:

Sigamos nuestro recorrido y entremos en las estancias de los moribundos. ¡Mamá mía, qué terror, cuántas almas están por caer en el infierno; cuántas después de una vida de pecado quieren dar el último dolor a ese corazón repetidamente traspasado, coronando su último respiro con un acto de desesperación! - (T/P)

Luisa ahora hace su encuentro con las almas moribundas y ve, particularmente, a aquellas almas que están por caer en el infierno, el tercer estadio de vida. Con gran profundidad teológica, Luisa destaca la enormidad del dolor que Jesús sufre al ver que esas almas, bautizadas y, por tanto, parte integral del Cuerpo Místico de Jesús, que desesperan de Su Misericordia pensando que ya es muy tarde para arrepentirse de toda una vida de pecado. Existe un gran desconocimiento sobre toda esta situación, en la mayoría de los lectores, que es necesario aclarar aprovechando estos pasajes de la Hora.

En la Descripción 27 de nuestra guía de estudios: Capítulos Descriptivos de la Divina Voluntad, hacíamos mención del Diseño Solo, del Acto Único, con el cual Jesús quiere darnos a conocer cómo toda la realidad separada de Él, ha sido diseñada de un solo golpe, y como ese Diseño, se va desarrollando en el tiempo, y en lo que se refiere al Diseño de Sus Criaturas humanas, queda afectado por su libre albedrío, y es necesario rehacerlo, reconducirlo por Él, a través de diseños de acción alternativos que también ha diseñado en Él mismo y único Diseño/Acto.

Por tanto, aplicando estos conceptos a una vida de criatura decimos, que la vida de una criatura, la vida de todas, ha sido diseñada en su totalidad por Él. En Su Diseño entra a jugar principalísimamente, cómo esa criatura está integrada al Diseño de todas las demás criaturas; o sea, cómo la vida de cada criatura está diseñada para

interaccionar con las demás criaturas y con todo el resto de Su Creación. Todo el Diseño está construido para que Le amemos en la tierra, y eventualmente regresemos a Él.

Este diseño, así construido y encerrado en Su Humanidad, se hace realidad con el nacimiento individual, que no es más que renacer en el tiempo, lo que ya estaba diseñado, hecho y encerrado en Su Humanidad. Si la criatura coopera y rinde permanentemente su voluntad a la Suya, o sea, a este Diseño que Dios ha pensado para esa criatura, el desarrollo de esa criatura en el tiempo, no es más que el desarrollo de Su Diseño para ella. Esto que describimos ha ocurrido perfectamente, con poquísimas criaturas, de hecho, podemos decir que con tres criaturas: Jesús, Su Madre, y San Juan Bautista. Todos las demás criaturas, en forma más o menos agradable a Él, nos "desviamos" del Diseño que ha pensado para cada uno y Le forzamos a tomar cursos alternativos de acción para "remediar" la situación y ponernos nuevamente en el camino que nos conduce a Él.

Tres cosas muy importantes a entender a estas alturas de nuestra explicación.

- 1) Tal y como Jesús Nos define, somos una "sucesión de actos", por cuanto cada acto nuestro es impredecible porque es libre. Aquí hablamos principalmente de actos que envuelven conducta moral. Como ya hemos explicado en otra parte de esta Guía de Estudios, Dios no "sabe" cuales van a ser nuestros actos por cuanto no los "causa". Somos en verdad libres para escoger aquello que nuestra voluntad quiere. Estamos influenciados por todos lados, cada uno de los participantes "tirando por su lado", para que escojamos lo que ese uno quiere; Dios, el mundo y el diablo; pero, en definitiva, libres para escoger, porque así Dios lo ha dispuesto.
- 2) En esta sucesión de actos libres, cada acto es independiente del acto anterior o del posterior. Nuestra vida va desarrollándose sin interrupciones hacia un final de muerte. Esto nos parece difícil de creer, pero es la Verdad Absoluta, garantizada así por Nuestro Señor. Cada acto es trascendente, o sea, es de suma importancia o gravedad, por sus probables consecuencias. Y, ¿Cuáles son esas consecuencias? Nuestra salvación o condenación eternas; nuestra unión con Él o nuestra separación de Él por toda la eternidad. Es trascendente además, porque cada acto, cada respiro, cada latido de corazón, para poner como ejemplo, el más involuntario de nuestros actos, puede ser el último de los respiros o latidos en la sucesión de actos de nuestra vida. Si las criaturas tuvieran plena conciencia de todo esto, comprenderían que la unión o rechazo de Él, escogidas como el último de nuestros actos, es totalmente independiente de nuestros actos anteriores, o sea, que ninguna decisión del acto A fuerza al acto subsiguiente B a ser igual que el A. Si pecamos ahora, por ejemplo, no quiere decir que este acto fuerza al siguiente acto a ser un acto de pecado también. Es esta independencia de un acto con respecto al siguiente, lo que hace posible la conversión humana de mal a bien, o viceversa, la "conversión" de bien a mal.
- 3) Dicho esto, aunque un acto libre no influye en el siguiente acto libre, cada acto humano imprime carácter, imprime un sello. Dicho de otra manera, cuando realizamos un acto moralmente malo, ese acto imprime en nuestra alma un sello de perdición, de tal manera, que si el próximo acto no es un acto contrario de arrepentimiento, nuestra alma queda permanentemente sellada en esta condición de perdición. Si permanecemos así "sellados", y nos morimos, no tenemos salvación. Cada acto sella nuestra alma con una marca: de salvación o de perdición. Sabiendo a la perfección como Nos ha diseñado, Jesús ha dispuesto en Su Infinita Misericordia, que nuestra ignorancia de esta condición no nos precipite a la separación absoluta de Él, y Nos dará siempre la oportunidad de que el último acto de nuestra vida, sea un acto de adhesión o de rechazo a Él. Y, ¿Quién o qué cosa garantiza esta Misericordia Suya? Su Preciosísima Sangre, la prenda y sello de nuestra salvación.

De todo esto habla Luisa cuando dice que muchos moribundos quieren "coronar su último respiro con un acto de condenación". Para entender todo este párrafo sobre la repartición de la Sangre a los moribundos, debiéramos imaginarnos la siguiente escena y un diálogo entre Jesús y la criatura moribunda en pecado.

No sabemos cual será la manera que Jesús utilizará para comunicarse con esa criatura moribunda, pero ciertamente será imposible para la criatura no "sentir Su Presencia". En esa comunicación, Jesús dirá palabras tales como: Hijo o Hija, hemos llegado al final, tu próximo acto es el último, ¿quieres estar conmigo o quieres separarte de Mí? En ese momento, el alma del moribundo será inundada de una luz de conocimiento tal, que el alma no tendrá duda alguna de quien Le habla, y de lo que se trata la pregunta. En ese momento, independiente a todos los demás momentos de su vida, el alma es libre de decidir su destino final. Esta Misericordia inconcebible pero no menos

cierta, Jesús la ha ganado para nosotros, pagando con Su Preciosísima Sangre la oportunidad que Nos da la Justicia Divina de "virar" toda nuestra vida en un solo acto. Puede que la criatura moribunda arguya, influenciada por el diablo: Pero, Señor, toda mi vida ha sido vida de pecado, no es posible que Tú me perdones en este instante. A lo que Jesús seguramente responderá: Hijo o Hija, Yo morí en la Cruz y obtuve para ti, esta Misericordia final. Nada de lo que has hecho tiene importancia en este momento. Solo este momento es el importante, el definitivo. ¿Quieres tú, estar conmigo para siempre, o separado de Mi para siempre?

Muchos demonios están en torno a ellas infundiendo en su corazón terror y espanto de los divinos juicios, y así dar el último asalto para llevarlas al infierno, quisieran hacer salir las llamas infernales para envolverlas en ellas y así no dar lugar a la esperanza. - (I)

En este párrafo Luisa interpreta claramente la acción diabólica que quiere, a toda costa, que la criatura desespere, que piense que no es posible que Dios sea tan misericordioso, y sea capaz de perdonar la "enormidad" de sus pecados. De tres cosas se vale el diablo, pero en este párrafo solo analizaremos dos, y en el próximo párrafo analizaremos la tercera. Así: 1) De que son muchos nuestros pecados, y que Dios está ofendido, no por un pecado, sino por la "acumulación" de pecados; o sea, que si hubiéramos cometido solo un pecado, a Dios le sería más fácil perdonarnos, pero como son tantos, como que Dios no puede hacerlo. El diablo quiere que razonemos, como razonamos nosotros, que nos es más fácil perdonar a otro hermano cuando nos ofende un "poquito", que cuando nos ha ofendido en repetidas oportunidades. 2) Que no es posible "compensar" con un solo acto libre de adhesión a Él, todo el peso de nuestros pecados, que en su mayor parte se han cometido contra el prójimo. Dice el diablo: ya no tienes perdón porque aquello que robaste, no lo puedes restituir, o aquel a quien mataste, ese está clamando contra ti delante del Señor. Lo que el diablo no dice es que la ofensa contra el prójimo, es en realidad una ofensa contra Dios, y que solo Dios puede perdonarla, y quiere perdonarla, y la perdona, si queremos estar con Él. Si queremos pruebas amplias de esto, solo tenemos que recordar lo leído o oído de los Evangelios. Cuando perdonaba a un pecador, no le decía: Vete a pedirle perdón a fulano o restituye a Mengano, y entonces regresa para que te perdone. No, sumariamente, Jesús decía: tus pecados te son perdonados. La ofensa es en realidad contra Él, y siempre contra Él, y solo cuando comprendemos que la ofensa es contra Él, y nos arrepentimos de lo hecho contra Él, es que pueden venir a nosotros los demás arrepentimientos.

Otras, atadas a los vínculos de la tierra no saben resignarse a dar el último paso; - (I)

Luisa ahora observa la tercera manera en que se pierden las almas en los últimos instantes. No creamos, por un momento, que Luisa habla aquí solamente de vínculos materiales, tales como riquezas, posesiones, etc., sino que también, habla de los vínculos espirituales en la forma de esposas, esposos, familias, actividades intelectuales, etc. Comoquiera que el primero de los vínculos es bien conocido, solo comentaremos sobre el segundo. Muchos moribundos se aferran a la vida, porque no quieren dejar "desamparadas" a sus esposas, esposos, hijos, etc., o se lamentan porque no han podido "terminar" algo que les es muy querido, por ejemplo, obras filantrópicas, esculturas, pinturas, libros etc. Luisa, exhibiendo sabiduría teológica y moral muy inspirada, comprende que todo esto es el arma más sutil del diablo, que a través del "mundo" nos quiere arrastrar a nuestra perdición. En efecto, estas almas comprenden que se les acaba la vida, que Dios las llama a Sí, y en vez de querer ir a Él, de querer estar con Él, quieren quedarse en este mundo, para terminar, o seguir amparando, o seguir disfrutando algo que les parece importante. Como vemos, todo gira siempre alrededor de este mismo pensamiento: Hijo o Hija, ¿quieres venir a estar conmigo para siempre, o quieres estar separado de Mí para siempre? Por si no lo hemos captado, esta última ofensa es sutil pero igualmente ofensiva. No queremos aceptar que Nos llama, y que quiere que estemos con Él para siempre. Más aun, en uno de los capítulos, Jesús es bien explícito sobre lo mucho que Le agrada que un alma, exprese su deseo de morir para ya estar con Él, y promete que esta señal de amor, que Él equipara con una muerte de martirio, la salvará del Purgatorio.

Hay una poesía en la edición española de la Liturgia de las Horas, que muestra este pensamiento con toda claridad, y por ello ahora la transcribimos:

¿Qué tengo yo, que mi amistad procuras?
 ¿Qué interés se te sigue, Jesús mío,
 Que a mi puerta, cubierto de rocío,
 Pasas las noches del invierno oscuras?

iOh, cuanto fueron mis entrañas duras,

Pues no Te abrí! ¡Que extraño desvarío,
Si de mi ingratitud el hielo frío,
Secó las llagas de Tus plantas puras!

¡Cuántas veces el ángel me decía:
"alma, asómate ahora a la ventana,
Verás con cuanto amor llamar porfía"!

¡Y cuántas, hermosura soberana:
"mañana Le abriremos, respondía,
Para lo mismo responder mañana!

Ah Mamá, los momentos son extremos, tienen mucha necesidad de ayuda, ¿no ves cómo tiemblan, cómo se debaten entre los espasmos de la agonía, cómo piden ayuda y piedad? ¡La tierra ya ha desaparecido para ellas! Mamá Santa, pon tu mano materna sobre sus heladas frentes, acoge Tú sus últimos respiros; demos a cada moribundo la sangre de Jesús, y así, poniendo en fuga a los demonios, disponga a todos a recibir los últimos sacramentos y a una buena y santa muerte. - (T/I)

Luisa continúa narrándonos la participación de Nuestra Señora en el proceso de los moribundos. En este primer párrafo, Luisa habla de cómo Nuestra Madre interviene por Sí Misma en la situación descrita, en este caso: los moribundos. En el próximo párrafo, Luisa habla sobre cómo Nuestra Madre interviene en su rol de Omnipotencia Suplicante. Este patrón de intervención continuará en todos los subsiguientes párrafos del Proceso de Repartición.

Es muy precisa Luisa en saber cómo "mover las cuerdas" del Corazón de Nuestra Madre, para que actúe por Sí Misma. Analicemos cómo lo hace:

- 1) Le pide a la Virgen que observe las manifestaciones externas: los moribundos tiemblan, se debaten entre los espasmos de la agonía, piden ayuda y piedad.
- 2) No tienen ya más recursos, están desvalidos, sin nada; ni posesiones, ni poder, ni fortaleza: nada; "la tierra ha desaparecido para ellos".
- 3) Usa constantemente la palabra Mamá. Le pide ahora a la Virgen que "actúe" a favor de estos hijos Suyos, primero aliviando sus dolores físicos, "la mano materna en la frente helada", y los terrores espirituales, "poner en fuga a los demonios".
- 4) Expresa ahora un pensamiento que nos debe dejar pensativos por mucho rato: "Acoge Tú sus últimos respiros". Morimos en las Manos de la Virgen, es Ella la que nos recibe primero que nadie, primero que Su Hijo, y en este tránsito de muerte especialísimo, en Sus Manos, hacemos una "buena y santa muerte".

Por consuelo démosles la agonía de Jesús, sus besos, sus lágrimas, sus llagas; rompamos las ataduras que los tienen atados, hagamos oír a todos la palabra del perdón y pongámosles tal confianza en el corazón, que hagamos que se arrojen en los brazos de Jesús. Y así, cuando Él los juzgue los encontrará cubiertos con su sangre, abandonados en sus brazos y a todos les dará su perdón. - (T/I/P)

Luisa involucra ahora a Nuestra Madre en Su Rol de Omnipotencia Suplicante. Luisa está envuelta en el Proceso porque Jesús Le ha encomendado un papel importante en este Proceso de Repartición, por tanto, ella tiene el derecho de pedir también, y lo hace asociándose a Nuestra Madre. Dos cosas tenemos que destacar en lo dicho por Luisa:

- 1) "Pongamos tal confianza en los corazones de los Moribundos". La confianza es la Fe que actúa en presencia de lo imposible. La confianza es la que dice: "Yo no sé cómo, pero Dios me va a sacar de este aprieto". Sin ésta confianza "ciega", no podemos hacer el tránsito de la muerte. Esto recuerda un pasaje de un libro en el que el autor habla sobre esta Confianza en Dios, con una imagen bellísima que resumimos aquí. Hay un fuego en una casa, y un jovencito está atrapado en un piso alto, y se asoma a la ventana, sin saber qué hacer en esta situación desesperada. Cuando mira por la ventana, solo ve humo que le oculta el suelo. No puede quedarse donde está, pero no ve nada fuera de la ventana, solo humo. En esto oye la voz de su

padre que le grita: "Lánzate por la ventana, hijo, que aquí te estoy esperando con el colchón de los bomberos. Es de esta confianza de la que habla Luisa, y es ésta la confianza que Le pide a la Virgen que infunda en el corazón de los Moribundos: Lánzate hijo, que Jesús te está esperando.

- 2) "Jesús los encontrará cubiertos con Su Sangre, y abandonados en Sus Brazos". Las dos condiciones esenciales para la Salvación humana: 1) Estamos cubiertos con Su Sangre; de esto no podemos vanagloriarnos como bien decía San Pablo; esto es todo, obra de Él, y 2) Hemos tenido la confianza de abandonarnos en Sus Brazos los que llegamos de Manos de Nuestra Madre.

Continuemos aún, oh Mamá; tu mirada materna vea con amor la tierra y se mueva a compasión de tantas pobres criaturas que tienen necesidad de esta sangre. Mamá mía, me siento incitada por la mirada indagadora de Jesús a correr, porque quiere almas; oigo sus gemidos en el fondo de mi corazón que me repiten: "¡Hija mía, ayúdame, dame almas!" - (T)

Luisa intercala este breve párrafo para incitar aun más a la Virgen a que realice Su Labor de Madre, como si hiciera falta recordarle a Nuestra Madre Su Labor. Sin embargo, no hay irrespetuosidad alguna en sus palabras, porque ella urge porque Jesús le pide que lo haga, y en este caso, Luisa responde a este llamado de Jesús para que Le lleve almas cubiertas con Su Sangre, en Manos de Su Madre, urgiendo a Nuestra Madre para que continúe con ella, la labor comenzada.

Estadio Cuarto:

Pero mira, oh Mamá, cómo la tierra está llena de almas que están por caer en el pecado y Jesús rompe en llanto viendo a su sangre sufrir nuevas profanaciones. Se requiere un milagro que les impida la caída, por eso démosles la sangre de Jesús, para que encuentren en ella la fuerza y la gracia para no caer en el pecado. - (I/T)

Luisa se mueve ahora al cuarto estadio de vida: almas que están a punto de caer en el pecado. Las almas están siendo tentadas, más o menos fuertemente dependiendo del estado espiritual en que las encuentre el diablo particular al que están "encomendadas". Mucho se podría escribir sobre este tópico, y se ha escrito y mucho mejor de lo que nosotros podemos hacerlo. Solo diremos que la tentación es más fuerte mientras más cerca estamos de Jesús, mientras mejor estemos imitándolo, porque el diablo sabe que tentaciones chiquitas no le sirven. Independientemente, de cuán fuertes o débiles sean, sin la Ayuda de Jesús, actualizada en Su Sangre, no podremos resistir ninguna tentación, ni pequeña ni grande. Al leer este párrafo, ahora sabemos, que la protección más poderosa que existe para rechazar una tentación, es pedir que Su Sangre nos cubra y nos oculte a la acción del maligno, nos haga invisibles. Pensémoslo de esta manera bien práctica: Nos salvamos porque Él derramó Su Sangre por nosotros, es nuestra "prenda de Salvación". No nos podemos salvar si pecamos, y es mejor no pecar que tener que arrepentirnos del pecado. Si Su Sangre puede impedir, y de hecho impide, que caigamos y pequemos, ¿Por qué no pedir-sela?

Estadio Quinto:

Un paso más, Mamá mía, y he aquí almas ya caídas en la culpa, las cuales quisieran una mano que las levante, Jesús las ama pero las mira horrorizado porque están enfangadas, y su agonía se hace más intensa. Démosles la sangre de Jesús, y así encuentren esa mano que las levante. - (I/T)

Luisa ahora reflexiona sobre el quinto estadio de vida con el que se enfrenta. En este estadio están las almas que han caído en el pecado. Luisa dice dos cosas interesantísimas en este párrafo:

- 1) Estas almas quisieran una mano que las levantara de este estado tan triste. La impresión que da siempre el pecador, y mientras más habitual, más da esa impresión, es que es feliz, se ha "realizado", porque en definitiva está haciendo lo que quiere, a nadie rinde cuentas, hace "su propia cosa", en traducción de la frase inglesa: "Doing his own thing". Sin embargo, la realidad es otra. Estas almas aparentan felicidad, pero en su obrar solo encuentran miseria, porque "mal paga el diablo a quien le sirve bien". Solo el acto realizado para agrandar a Dios, es el único que libera a ese acto de la felicidad que Dios ha encerrado en ese acto, y éste es el único sentimiento de felicidad que el alma puede percibir como bueno; todo lo demás es miseria porque el acto solo ha liberado la miseria del maligno.

- 2) Jesús las ama y quisiera darles la mano para levantarlas, pero la Justicia que es Todopoderosa en estos casos en el que están envueltas Su Dignidad y Decoro, Le impiden hacerlo; es más, no puede por menos que mirarlas "horrorizado" de lo que ve. Y dice que ésta "imposibilidad" de actuar como Él quisiera actuar, Le causa aun una mayor agonía.

Luisa, en constante conversación con La Virgen, pide que sean ellas las que hagan lo que Jesús no "puede" hacer: servir de intercesoras y, en este caso, dispensadoras de Su Sangre para que en esa Sangre encuentren la "mano", el apoyo que necesitan para salir del abismo al que han caído.

Mira, oh Mamá, son almas que tienen necesidad de esta sangre, almas muertas a la gracia; ¡oh cómo es deplorable su estado! El Cielo las mira y llora con dolor, la tierra las mira con repugnancia, todos los elementos están contra ellas y quisieran destruirlas, porque son enemigas del Creador. Ah Mamá, la sangre de Jesús contiene la vida, démosla pues a fin de que a su contacto estas almas renazcan, pero renazcan más bellas, tanto, que hagan sonreír a todo el Cielo y a toda la tierra. - (I/T)

Luisa ve el estado deplorable de estas almas. Se refiere ahora al Cielo para indicar que también Ellos contemplan con dolor estas almas en pecado, y como toda la Creación que nunca se ha apartado de la Voluntad de Dios, mira con repugnancia a las criaturas en pecado, y quisieran destruirlas porque son enemigas del Creador. Ella quiere que estas almas renazcan a la Gracia, más bellas y que provoquen a sonrisa a todo el Cielo y a la Creación.

Estadio Sexto:

Giremos aún, oh Mamá; mira, hay almas que llevan la marca de la perdición, almas que pecan y huyen de Jesús, que lo ofenden y tienen desesperanza de su perdón, son los nuevos Judas esparcidos por la tierra, y que traspasan ese corazón tan amargado. Démosles la sangre de Jesús, a fin de que esta sangre les borre la marca de la perdición y les imprima la de la salvación; ponga en sus corazones tal confianza y amor después de la culpa, que los haga correr a los pies de Jesús y estrecharse a esos pies divinos para no separarse de ellos jamás. - (I/T)

La atención de Luisa se dirige ahora hacia aquellas almas que están en el sexto estadio de vida, que llevan ya la "marca de la perdición". Los exégetas cristianos se refieren a ésta marca o sello de perdición para indicar que son almas empedernidas y en estado habitual de pecado. Toda alma que peca está "perdida", por definición, en los mismos instantes en los que peca, pero en las almas que pecan ocasionalmente, y toman conciencia de su culpa con prontitud, consiguen el arrepentimiento más fácilmente. Sin embargo, la frecuente y luego constante y consciente actividad pecaminosa va endureciendo estos corazones, e imprime en ellos el "sello de perdición". En otras palabras, si comprendemos que toda gracia de conversión es un regalo Suyo, regalo que hace a las almas en virtud de Sus Propios Méritos y de la petición de almas justas y víctimas, ésta Gracia de Conversión encuentra más y más barreras, hasta el punto, de que nada puede Él "hacer", porque respeta nuestro libre albedrío. Por su parte, las almas en estado habitual de pecado, cuando reciben estas Gracias de Conversión, muchas veces las rechazan, principalmente porque desesperan de que puedan acogerse a Su Perdón.

Luisa quiere derramar sobre estas almas la Sangre de Jesús, con la certeza de que Su Sangre borraré la marca de perdición que tienen impresas, y les imprimirá la marca de la Salvación, o lo que es lo mismo, ella pide que atiendan a la Gracia de Conversión que viene a ellos, y tengan confianza en Su Perdón.

Estadio Séptimo:

Mira, oh Mamá, hay almas que corren alocadamente hacia la perdición y no hay quien las detenga en su carrera. Ah, pongamos esta sangre delante a sus pies, para que al tocarla, ante su luz y sus voces suplicantes porque las quiere salvas, puedan retroceder y ponerse en el camino de la salvación. - (I/T)

Continúa Luisa la exposición de las almas en el séptimo estadio de vida, aquellas que, empedernidas y endurecidas en el pecado, han perdido toda conciencia de sus culpas, y ahora nos las hace ver como almas alocadas que corren hacia la perdición, y sin freno, o por mejor decir, están desenfrenadas y se han vuelto inconcientes en su carrera pecaminosa. Luisa quiere poner la "alfombra de Su Sangre", en el camino de estas almas, para que al tocarla se percaten por un momento de su carrera desenfrenada y se detengan, y luego retrocedan en un viraje de 180 grados que las separe y las haga ponerse en el nuevo camino de la salvación.

Estadio Octavo:

Continuemos, Mamá, nuestro giro; mira, hay almas buenas, almas inocentes en las que Jesús encuentra sus complacencias y el reposo en la Creación, pero las criaturas van a su alrededor con tantas insidias y escándalos, para arrancar esta inocencia y convertir las complacencias y el reposo de Jesús en llanto y amarguras, como si no tuvieran otra mira que el dar continuos dolores a ese corazón divino. Sellemos y circundemos pues su inocencia con la sangre de Jesús, como si fuera un muro de defensa, a fin de que no entre en ellas la culpa; con esa sangre pon en fuga a quien quisiera contaminarlas, y las conserve puras y sin mancha, a fin de que Jesús encuentre su reposo en la Creación y todas sus complacencias, y por amor a ellas se mueva a piedad de tantas otras pobres criaturas. Mamá mía, pongamos a estas almas en la sangre de Jesús, atémoslas una y otra vez con el Santo Querer de Dios, llevémoslas a sus brazos, y con las dulces cadenas de su amor, atémoslas a su corazón para endulzar las amarguras de su mortal agonía. - (I/T)

En este octavo estadio de vida, Luisa se detiene para pedir que la Sangre de Jesús rodee y proteja a estas almas inocentes y buenas, en las que Jesús encuentra Sus Complacencias. En la contemplación del cuadro universal de ofensas, estas almas sobresalen y dan a Jesús el respiro y la compensación que Le es tan necesaria para seguir soportando a todos aquellos que Le ofenden, ocasionalmente, a los que Le ofenden constantemente y con conciencia de ello, y a los que Le ofenden constantemente, pero han perdido toda sensibilidad y se hacen inconcientes a su estado.

Repetidamente en los escritos Jesús habla de que esta Compensación es esencial y que es una Demanda de la Justicia Divina, que solo así puede tolerar nuestra insolencia y desidia. Luisa, que comprende bien esto, porque como alma víctima sufre y compensa continuamente, dedica esta sección maravillosa para que comprendamos los peligros a los que están expuestas estas almas, y en cuya categoría, entramos en realidad todos aquellos que estamos esforzándonos seriamente, con Su Ayuda, de permanecer en la recobrada inocencia de alma. Reconozcamos la esencia de su petición cuando le pide a Nuestra Madre que: "Sellemos y circundemos pues su inocencia con la sangre de Jesús... a fin de que Jesús encuentre su reposo en la Creación y todas sus complacencias, y por amor a ellas (estas almas) se mueva a piedad de tantas otras pobres criaturas".

Estadios Noveno y Décimo:

Pero escucha, oh Mamá, esta sangre grita y quiere todavía otras almas; corramos juntas y vayamos a las regiones de los herejes y de los infieles. ¡Cuánto dolor no siente Jesús en estas regiones! Él, que es vida de todos, no recibe en correspondencia ni siquiera un pequeño acto de amor y no es conocido por sus mismas criaturas. Ah Mamá, démosles esta sangre a fin de que les disipe las tinieblas de la ignorancia y de la herejía, les haga comprender que tienen un alma, y abra a ellas el Cielo. Después pongámoslas todas en la sangre de Jesús y conduzcámoslas en torno a Él como tantos hijos huérfanos y exiliados que encuentran a su Padre, y así Jesús se sentirá confortado en su amarguísima agonía. - (I/T)

En esta Catolicidad de Su Sangre no podía Luisa dejar fuera a aquellas almas numerosísimas de los herejes y de los infieles, que constituyen el noveno y décimo estadios de vida para muchas de Sus Criaturas. Junta a los herejes con los infieles, y esto es, momentáneamente, difícil comprender. Debemos concentrar nuestra atención, en el único elemento común que los une: el desconocimiento de Jesús que tienen. Los herejes lo desconocen porque han escogido desconocerlo. Esa es en realidad la marca de la herejía: primero Le conocen y luego "ofendidos" por tener que creer en algo de Él, que "repugna sus sensibilidades e inteligencia", deciden no creer en aquello que están mandados a creer, y este es el pecado de herejía, un pecado más de soberbia: si no lo entiendo no lo puedo creer.

Estadio Décimo Primero:

Pero parece que Jesús no está aún contento, porque quiere otras almas aún. Las almas de los moribundos en estas regiones se las siente arrancar de sus brazos para ir a caer en el infierno. Estas almas están ya a punto de expirar y precipitarse en el abismo, no hay nadie a su lado para salvarlas; el tiempo apremia, los momentos son extremos y se perderán sin duda. No, Mamá, esta sangre no será derramada inútilmente por ellas, por eso volemós inmediatamente hacia ellas, derramemos la sangre de Jesús sobre su cabeza y les sirva de bautismo e infunda en ellas Fe, Esperanza y Amor. - (I/T)

Comienza el décimo primer estadio de vida. Este párrafo, y los tres siguientes, son, a lo que nosotros podemos apreciar, lo más impresionante, bello, y lleno de conocimiento nuevo, que esta Hora nos brinda, particularmente porque es un tópico que siempre se ha debatido, y sobre el que, afortunadamente, ya la Santa Madre Iglesia se ha pronunciado en las últimas encíclicas modernas, y en la constitución del Concilio Vaticano II. Se trata de la situación de las almas, que están oficialmente separadas de Él por la excomunión automática de la herejía, y de las infieles, que están separadas de Él por desconocimiento. La Iglesia reconoce que la Misericordia Divina no puede dejar que se condenen estas almas, particularmente la de los infieles, y se manifiesta diciendo que estas almas serán juzgadas en sus conciencias básicas de moralidad, y de reconocimiento a Dios; conciencia que Dios ha puesto en todas las almas. Sin embargo, Jesús, a través de Luisa, quiere ser aun más explícito en la "mecánica" de cómo esas almas se salvarán. De esto se trata en estos cuatro párrafos.

De nuevo, el problema del que hablamos, y del que habla el Magisterio de la Iglesia, es cómo reconciliar el que estas almas infieles puedan perderse porque no han tenido oportunidad de conocerlo. Jesús ha sido extremadamente explícito en cuanto a que Él es el camino al Padre, la Puerta de Salvación. Sin Su Conocimiento no podemos salvarnos, pero las almas infieles no han tenido la oportunidad de conocerle. Luisa narra como se "resuelve" esta dificultad.

En este párrafo, nos dice, que la primera condición esencial para la "solución" está en derramar sobre estas almas, la Sangre de Jesús, en un Bautismo de Sangre. Luisa es bien explícita: ya no hay tiempo para nada más. Esto es lo único, y ciertamente lo más importante, que se debe hacer. La condición de Bautismo es esencial para pertenecerle a Él. No puede ser de agua, pero lo es de Su Sangre, mucho más preciosa que toda el agua de este mundo. Recordemos siempre, que todo nuestro "destino final" se resuelve en un solo instante, en un solo acto de decisión conciente y libre de adherirse a Él, o separarse de Él.

En los próximos tres párrafos, Luisa explica las restantes condiciones, todas esenciales para la Salvación de los infieles y de los herejes en trance de muerte, que va dirigida y se resuelve a través de este Rol Especialísimo de Nuestra Madre, la de Intercesora Todopoderosa. En estos párrafos llegamos a conocer como en pocos, y quizás en ninguno otro, la Importancia y participación de Nuestra Madre en el proceso de Salvación. Su Madre hace lo que Él no "puede" hacer porque no es decoroso o digno o porque no puede ir en contra de nuestro libre albedrío, pero que al hacerlo Ella, ya Él no puede decir que no, y "desautorizar" a Su Madre, y como bien dice Luisa, de esa forma Él logra alcanzar Sus Más Ardientes Deseos de salvarnos.

En esto explicado estamos anticipando el contenido de los próximos tres párrafos, pero queremos anunciarlo desde ahora, para que el lector esté conciente de lo que viene.

Ponte a su lado, Mamá, suple todo lo que les falta, más aún, déjate ver, en tu rostro resplandece la belleza de Jesús, tus modos son en todo iguales a los suyos, y así, viéndote a Ti, con certeza podrán conocer a Jesús; - (I/T)

En este segundo párrafo, Luisa anuncia la segunda condición esencial: Le Pide a Nuestra Madre que se deje ver de estos herejes e infieles, para que en Ella vean a Jesús. Además del Bautismo de Sangre, es necesario que estas almas "vean" a Jesús, "vean" Su Belleza, Su Amor reflejado en Su Madre Santísima. ¿Quién puede resistir a Nuestra Madre?

después estréchalas a tu corazón materno, infunde en ellas la vida de Jesús que Tú posees, diles que siendo Tú su Madre las quieres para siempre felices contigo en el Cielo, y así, mientras expiran, recíbelas en tus brazos y haz que de los tuyos pasen a los de Jesús; - (I/T)

Sigue Luisa con las condiciones de salvación. Dice ahora, en esta tercera condición, que Nuestra Madre las estrechará a Su Corazón Materno para infundir, por traspaso, la Vida de Jesús que Ella posee; les hablará de que Ella las quiere junto a Ella en el Cielo, para gozar de Su Misma Felicidad, y así abrazada a estas almas que expiran, recibir sus almas en Sus Brazos, y de ahí, entregarlas Ella a Jesús.

La pregunta que puede suscitarse para toda criatura que lea estas páginas, es si esto ocurrirá solo con las almas de los herejes e infieles, o si será así con todas las almas, y que hasta en los últimos instantes, Nuestra Madre actuará de Medianera nuestra. Ciertamente que es eso lo que Le pedimos en el Ave María, y lo que Luisa Le pide a Nuestra Señora en la Hora 24; casi son sus últimas líneas en este Libro de las Horas de la Pasión.

y si Jesús mostrase, según los derechos de la Justicia, que no las quiere recibir, recuérdale el amor con el que te las confió bajo la cruz, reclama tus derechos de Madre, de manera que a tu amor y a tus plegarias Él no sabrá resistir, y mientras contentará tu corazón, contentará también sus ardientes deseos. - (I/T)

Y ahora Luisa esboza la última de las condiciones, la cuarta, de salvación. Dice que si Jesús protestase de que, en justicia, estas almas no están preparadas para entrar en el Cielo, Ella debe reclamarle a Jesús que Él Nos confió a todos en Sus Brazos y en Su Protección, y esos Derechos de Madre son inviolables por parte de Jesús, son irresistibles, y mucho más cuando este es también el deseo ardiente del Mismo Jesús.

Estadio Décimo Segundo:

Y ahora, oh Mamá, tomemos esta sangre y démosla a todos: A los afligidos, para que por ella reciban consuelo; - (I/T)

Llegamos al décimo segundo estadio de vida. Luisa quiere derramar la Sangre de Jesús a los afligidos. Luisa no especifica, pero no hace falta. El estado de aflicción humana es bien conocido por todos. Se trata del sufrimiento físico, de la angustia moral y de la tristeza. Todo esto causa aflicción, y también la Sangre de Jesús sirve para ayudarnos a sobrellevar este estado tan común de aflicción.

Estadio Décimo Tercero:

A los pobres, para que sufran resignados su pobreza; - (I/T)

Décimo tercer estadio de vida, el estado de pobreza, de falta de recursos, de indigencia y de destitución, la pobreza en extremo. ¿Cuántos no han caído en este estadio? ¿Cuántos no son los que viven permanentemente en este estadio? Necesitan de la Sangre de Jesús para sufrir con resignación esta Cruz.

Estadio Décimo Cuarto:

A los que son tentados, para que obtengan la victoria; - (I/T)

En este décimo cuarto estadio de vida, Luisa quiere en forma particular darnos el sentido de que la tentación es un ataque de guerra del maligno del que tenemos que salir victoriosos; pero al mismo tiempo, nos hace comprender que solo con la Ayuda de Jesús, representada por Su Sangre, podemos obtener la victoria. Miremos a Su Sangre como un escudo protector que nos protege de las armas enemigas, o como una malla que cubre nuestro cuerpo y nos hace impenetrables a este ataque del enemigo. Esta visualización es el arma más poderosa que tenemos a nuestro alcance para este objetivo de tanta importancia.

Estadio Décimo Quinto:

A los incrédulos, para que triunfe en ellos la virtud de la Fe; - (I/T)

El décimo quinto estadio de vida está reservado a los incrédulos. Ya anteriormente Luisa ha destacado los estadios de los que no conocen a Jesús por falta de oportunidad; a los que le han conocido y creen algo o mucho de lo que necesitamos creer, pero no todo: los herejes. Ahora quiere derramar la Sangre de Jesús sobre los incrédulos, los que no creen en nada fundamental, los que no creen en Él. Triste condición esta, porque como sabemos no hay salvación si no hay este reconocimiento de Jesús como Dios y Salvador. Esta condición es aun más terrible que las otras, porque falta lo más esencial para poder trabajar con esas almas y llevarlas a un proceso de conversión. Solo la Sangre de Jesús puede obrar este milagro y llevar a estas almas incrédulas la Fe que necesitan.

Estadio Décimo Sexto:

A los blasfemos, para que cambien las blasfemias en bendiciones; - (I/T)

Luisa ahora vuelve su atención a los blasfemos, que constituyen el décimo sexto estadio de vida. La blasfemia, excepto en los casos extremos de maldad diabólica, es producto generalmente de la desesperación ante acontecimientos que o nos parecen injustos, o incomprensibles en un Dios Todopoderoso. Es necesario que entendamos

que para los que estamos tratando de profundizar y perfeccionarnos en nuestra Fe cristiana y en las enseñanzas que Nos da de Su Voluntad, la blasfemia va más allá de una palabra o frase injuriosa contra Dios. Blasfemia para nosotros debe ser toda expresión de desconfianza, de altanería; toda expresión, más o menos soberbia, se convierte en blasfemia, porque ahora que Le conocemos más, ¿cómo podemos hablar así? De nuestra boca, y de la boca de los blasfemos solo deben salir Bendiciones para Nuestro Dios, confianza total, y humildad que brota del conocimiento que Nos da de nosotros mismos y de Él.

Estadio Décimo Séptimo:

A los sacerdotes, a fin de que comprendan su misión y sean dignos ministros de Jesús. Con esta sangre toca sus labios, a fin de que no digan palabras que no sean de gloria de Dios; toca sus pies para que corran y vuelen en busca de almas para conducirlos a Jesús. – (I/T)

El décimo séptimo estadio de vida, Luisa lo reserva a los sacerdotes, y en general a todos los que abrazan la vida religiosa. La dignidad sacerdotal, que no es más que Su Dignidad, reclama de ellos que solo digan palabras que den Gloria a Dios, y que el ejemplo de sus vidas acompañe a esas palabras. De nuevo, Luisa concentra su atención en lo verdaderamente importante de la misión sacerdotal y religiosa: con sus palabras y actos deben atraer a las almas al Señor, deben convertirlas primero con su ejemplo, para que la verdadera conversión de alma sea posible. No se concibe a un sacerdote indigno de su Don, que pueda convencer o convertir a un alma, que solo ve en ese sacerdote o religioso, su misma imagen de maldad. Luisa comprende pues, la necesidad de que la Sangre de Jesús cubra a todos los sacerdotes y religiosos, para que con esta Ayuda de Valor Infinito, sean capaces de realizar su labor pastoral.

Estadio Décimo Octavo:

Demos esta sangre a los que rigen los pueblos, para que estén unidos entre ellos y tengan mansedumbre y amor hacia sus súbditos. – (I/T)

La atención de Luisa y de Nuestra Madre se vuelve ahora a los gobernantes de todo tipo, que tienen autoridad sobre los demás. Este es el décimo octavo estadio de vida, reservado a los que de alguna manera pueden inducirnos al mal, o causarnos mal, con su autoridad. Luisa se fija principalmente en la falta de unión de los gobiernos bajo una "bandera" común, la "bandera" de la Justicia Social. Este concepto tan manirroto y corrompido porque se ha querido divorciar del Cristianismo, es el que debe estar siempre presente en la mente y en las acciones de los gobernantes. Así como todo cristiano debe ver los dones y gracias con los que Dios lo ha dotado, como un regalo Suyo, y no algo que hemos ganado por nosotros mismos, así los gobernantes deben ver su elección a cargos de autoridad como algo que viene estrictamente de Dios para que guíen a Dios, a los menos dotados, a los menos inteligentes, a los menos experimentados. No son gobernantes para explotar y envilecer a los súbditos, sino que son gobernantes para elevar a los menores de sus hermanos a la comunión con Dios, con mansedumbre, y con Amor.

Antes de continuar con los restantes estadios de vida, debemos recalcar una vez más que estos estadios, desde el décimo segundo hasta el décimo octavo, son todos estadios de Cruces que, de una manera u otra, tenemos que llevar, cargar, y sufrir con resignación y alegría. Ahora también sabemos que Su Sangre es la manera de llevarla, cargarla y sufrirla; que Él ha reservado este Bien especialísimo en la Sangre que derramara en las Tres Horas de Agonía en el Huerto, y que cuando invocamos Su Sangre en cualquiera de estas circunstancias de vida, esta Sangre Suya acude para darnos la fuerza que necesitamos.

Estadio Décimo Noveno:

Volemos ahora al purgatorio y démosla también a las almas purgantes, pues ellas lloran y suplican esta sangre para su liberación. ¿No escuchas, Mamá, sus gemidos, sus delirios de amor que las torturan, y cómo continuamente se sienten atraídas hacia el sumo bien? Mira cómo Jesús mismo quiere purificarlas para tenerlas cuanto antes consigo, las atrae con su amor, y ellas le corresponden con continuos ímpetus de amor hacia Él, pero al encontrarse en su presencia, no pudiendo aún sostener la pureza de la divina mirada, son obligadas a retroceder y a caer de nuevo en las llamas. – (I/T)

Este décimo noveno estadio de vida, nos resulta familiar a todos. Desde pequeños tenemos conciencia del Purgatorio, porque todos nuestros mayores nos apremian para que recemos por ellos, para que salgan pronto y puedan ir al Cielo. Sin embargo, en realidad no sabíamos nada de lo que era eso que llamamos Purgatorio, el por qué de su existencia, que sucede ahí en realidad, y cómo en realidad se logra llegar a salir, hasta que estudiamos en los escritos de Luisa todos estos detalles. En este pasaje, como en ningún otro, Luisa nos deja asomarnos a la "mecánica existencial" de este "lugar", de este Horno de Amor como lo llama Jesús en alguna ocasión. Sabemos:

- 1) Que el Purgatorio se encuentra en Su Humanidad – Capítulo del 16 de Enero de 1901, Volumen 4.
- 2) Que le resulta sumamente agradable el que nos interese y recemos por las almas que están en el Purgatorio, porque están totalmente afinadas con Su Voluntad y están muy cerca de Él. Este es el acto caritativo por excelencia. – el mismo capítulo del 16 de Enero de 1901, Volumen 4.
- 3) Que toda alma está o viene obligada a amarle constantemente, y que si no lo hace así, deja (espacios) vacíos de Amor que deben ser llenados antes de que esa alma pueda entrar al Cielo. Para esto dice, existe el Purgatorio, para que las almas puedan llenar esos vacíos de Amor. – Capítulo del 16 de Julio de 1901, Volumen 4.

En este primer párrafo, Luisa nos muestra la dinámica del Purgatorio que se conforma en todo con estas Revelaciones de Nuestro Señor.

- 1) La Sangre de Jesús es la que garantiza la liberación de las almas purgantes de este estado de sufrimiento. Cómo y de que manera Su Sangre interviene, hora por hora, día por día, en este proceso de liberación, eso no lo sabemos. Como ocurre con la mayoría de Sus Revelaciones sobre Su Divinidad, se nos anuncia lo que sucede, pero no se nos dice cómo sucede.
- 2) Las almas purgantes están en continuos delirios de amor que las torturan. En muchas ocasiones, refiriéndose al sufrimiento de Luisa, y como confirmando lo que ella manifiesta, Jesús Nos dice que el mayor de los sufrimientos para un alma es estar privada de Él, particularmente cuando esa alma le ha visto, como es el caso de Luisa, y como es el caso de las almas purgantes, que tuvieron oportunidad de verle en el momento del Juicio personal.
- 3) Es una característica esencial del Amor el atraer a Sí a la criatura que ha creado, porque en Amor y por el Amor hemos sido creados. Esta atracción es irresistible y dolorosísima, y se manifiesta en un continuo ímpetu de ir hacia Jesús. Jesús no reprime esa acción personal libre del alma purgante, porque de esta manera da ocasión a que el alma llene esos vacíos de amor, porque, ¿Cómo llenarlos sino dejando que el alma sufra estas ansias de estar con Él que no se ven correspondidas? Además, dice en el capítulo del 16 de Enero de 1901 mencionado, que estas almas están muy cercanas a Él, de hecho, están en Él, en pleno acuerdo con Su Voluntad, y que también Él siente infinitos deseos de que estén con Él, y por eso las llama, para poder verlas sin que ellas lo vean a Él.
- 4) Ahora dice Luisa que al encontrarse con Jesús, las almas purgantes se encuentran todavía "deficientes" de amor, y al referirse a Jesús que es el Amor Perfecto, tienen que retroceder. Sucede como una familia que cree estar bien vestida y a la moda para visitar a otra familia, y al llegar a la otra casa y ver como la otra familia esta vestida, retrocede y se vuelve atrás porque se considera indigna. Así le pasa a las almas que vuelan irresistiblemente a Su Presencia para retroceder porque se saben todavía indignas de estar con Él. C. S. Lewis en su libro póstumo, "cartas a Malcom", expresa estas ideas maravillosamente, intuyendo estas Revelaciones de Jesús. Dice así: "nuestras almas demandan un Purgatorio, ¿no es verdad, amigo Malcom? No sería casi rompernos el corazón, el que Dios Nos dijera: "es verdad, hijo mío, que tu aliento es fétido, y que de los harapos que te visten, se desprenden fango y pudrición, pero aquí en el Cielo nosotros somos muy caritativos, y nadie se apartara de ti, ni te recriminara tu presencia cual es. Entra, hijo, a participar de la Gloria que te está reservada". Entonces, Malcom, no es verdad que replicaríamos: "Con todo respeto, Señor, pero si no Te parece mal, yo quisiera entrar limpio". Y Dios posiblemente respondería: "Esta bien, hijo, pero mira que la limpieza te va a doler mucho". Y nosotros responderíamos: "Aunque duela mucho, prefiero entrar limpio".

Mamá mía, descendamos en esta profunda cárcel y derramando sobre ellas esta sangre, llevémosles la luz, mitiguemos sus delirios de amor, extingamos el fuego que las quema, purifiquémoslas de sus manchas, y así, libres de toda pena, vuelen a los brazos del sumo bien. - (I/T)

Luisa revela con estas palabras algo que luce perfectamente lógico y se deduce por las palabras de Jesús en los escritos. Hay muchas acciones que Él no "quiere" realizar, y de hecho dice que no "puede" realizarlas, porque Él mismo se limita. Algunas veces, porque no es "decoroso o digno a Su Persona" el hacer algo. Otras se limitan por Su Misericordia. Esta es una de esas ocasiones. No quiere dejarse ver de las almas del Purgatorio porque esta Visión acrecentaría sus padecimientos en forma intolerable a las almas y a Su Gran Amor y Misericordia. Por tanto, es a la Virgen a la que esta encomendada esta tarea de ser Ella la que lleve consuelo a estas almas, se deje ver de ellas, se comunique con ellas, les de noticias sobre como anda su "expediente de liberación". Y eventualmente, estamos seguros de esto, es Ella la que las saca del Purgatorio y las acompaña al Cielo. Este aspecto particularismo de Su Prerrogativa de Intercesora y Medianera, es un conocimiento que debe resultarnos de gran consuelo y ayuda, y que dirijamos, a través de Ella, nuestras súplicas por las almas purgantes.

Demos esta sangre a las almas más abandonadas, a fin de que encuentren en ella todos los sufragios que las criaturas les niegan; a todas, oh Mamá, demos esta sangre, no privemos a ninguna, a fin de que todas en virtud de ella encuentren alivio y liberación. - (I/T)

Luisa quiere que entendamos que la universalidad en todas nuestras acciones aplica particularmente a las almas del Purgatorio. Tenemos que rogar y propiciar la Sangre de Jesús a aquellas almas abandonadas, que no tienen familiares o amigos que rueguen por ellas. Nunca en realidad están abandonadas, pero su liberación se acelera cuando rogamos por ellas. Tenemos que elegir en nuestra mente una tumba especial para las almas purgantes abandonadas de los viadores, así como las naciones han elegido y dan respeto especial al "soldado desconocido". Dicen los gobernantes con esta acción de gran profundidad teológica: "Todos te desconocerán, soldado, pero tu nación agradecida te recuerda". Así debemos hacer nosotros con las almas desconocidas de todos, debemos agradecerle a Dios y rogar por aquellas que nos han "precedido en la Fe", como dice la Iglesia en la Misa.

Haz de reina en estas regiones de llanto y de lamentos, extiende tus manos maternas y una a una sácalas de estas llamas ardientes, y haz que todas emprendan el vuelo hacia el Cielo. - (I/T)

Luisa finaliza sus explicaciones acertadísimas en este décimo noveno estadio de vida, pidiéndole a Nuestra Señora que haga de Reina Misericordiosa con Sus Hijos que se consumen de Amor en estas "regiones de llanto y lamentos", para que las saque de ahí, y las haga volar al Cielo.

Estado Vigésimo:

Y ahora hagamos también nosotras un vuelo hacia el Cielo. Pongámonos a las puertas eternas, y permíteme, oh Mamá, que también a Ti te dé esta sangre para tu mayor gloria. Esta sangre te inunde de nueva luz y de nuevos contenidos, y haz que esta luz descienda en beneficio de todas las criaturas para dar a todas gracias de salvación. - (I/T)

Continúan las Revelaciones sorprendentes de esta Séptima Hora de la Pasión. En este Vigésimo estadio de vida, Luisa se siente impulsada para repartirle a Nuestra Madre un poco de la Sangre de Su Hijo. Es uno de los pasajes más difíciles de entender, por cuanto la Virgen no necesita de esta Sangre para lo mismo que la necesitan las restantes criaturas, y cuyos estadios hemos estado estudiando. La única manera de entenderlo un poco, está en la afirmación de Luisa de que quiere dárselo para la mayor gloria de la Virgen. Dos cosas sabemos de ciertas por estos escritos: 1) Que la plenitud de Gracia de la Virgen es tal, que Ella es por Gracia de Dios, lo que Dios es por naturaleza. (Capítulo del 8 de Diciembre de 1923, Volumen 16), y 2) Que Su Hijo ha depositado todos los tesoros de Su Humanidad y Divinidad en Su Madre para que sirva de Medianera de todas los Bienes y Gracias que fluyen a nosotros sus hijos. Es pues natural que el Poder Redentor de esta Sangre Suya, Nuestra Madre la reciba y posea también, no solo para gloria de Ella, sino para que ella tenga un Bien más, y Bien infinito, que darnos a todos Sus Hijos.

Estadio Vigésimo Primero:

Mamá mía, dame también a mí esta sangre; Tú sabes cuánto la necesito. Con tus mismas manos maternas retoca todo mi ser con esta sangre, y retocándome purifica mis manchas, sana mis llagas, enriquece mi pobreza; haz que esta sangre circule en mis venas y me dé toda la Vida de Jesús, descienda en mi corazón y me lo transforme en el corazón mismo de Jesús, me embellezca tanto que Jesús pueda encontrar todos sus contentos en mí.
- (I/T)

Luisa no podía quedarse "fuera" en esta Repartición de la Sangre de Jesús, y así en este Vigésimo Primero estadio de vida, describe lo que ella desea para ella misma, a saber, que La Madre Celestial sea la que Le de a Luisa una participación directa de esta Sangre que ella ha estado dando a otros. Y es lógico que esto sea también. Con su acostumbrado anonadamiento Luisa destaca lo mucho que ella necesita de esta Sangre de Jesús, para:

- 1) Purificar sus manchas.
- 2) Sanar sus llagas.
- 3) Enriquecer su pobreza.
- 4) Que haga circular en ella la Vida de Jesús.
- 5) Descienda a su corazón y la transforme en el corazón mismo de Jesús.
- 6) La embellezca para que Jesús encuentre Sus Contentos en ella.

Estado Vigésimo Segundo

Ahora sí, oh Mamá, entremos a las regiones celestiales y demos esta sangre a todos los santos, a todos los ángeles, a fin de que puedan recibir mayor gloria, prorumpir en himnos de agradecimiento a Jesús y rueguen por nosotros, y así en virtud de esta sangre podamos un día reunirnos con ellos. - (I/T)

Es necesario entender que nadie esta exento de mejorar al contacto de esta Preciosísima Sangre de Jesús; todos la necesitamos en todos los aspectos de nuestra vida, en cualquiera que sea nuestra condición o estadio de vida, y esto incluye no solamente a los Viadores, sino como hemos visto incluye también a los Purgantes y ahora leemos que incluye a los Comprensos que ya disfrutaban de los gozos celestiales. Y es que, como dice Jesús, Él pudiera estar hablando de Su Voluntad, de Su Divinidad, diariamente y por toda la eternidad, y jamás repetiría lo que ha dicho, y jamás terminaría de hablar de Ella. Lo mismo pasa con los Méritos alcanzados por el Derramamiento de Su Sangre en todo el proceso de la Pasión, pero particularmente en esta Tercera Hora de Agonía en el Huerto.

Aunque la felicidad personal de los Comprensos ya no puede incrementarse directamente en el Cielo, la felicidad participatoria, sí puede acrecentarse sin límites. Esta Gloria participatoria se incrementa a cada instante por la nueva "infusión" de almas que "llegan" al Paraíso. Cada una de ellas, trae consigo su propia gloria, y en el mismo instante en que "entran" en el Cielo, todos reciben participación de esa gloria que cada una trae, y continuarán recibéndola por toda la eternidad. Si esto sucede con la gloria pequeñita de cada criatura, que no ocurrirá constantemente con la Gloria alcanzada por Jesús con el derramamiento de Su Sangre y que se reparte como lo está haciendo Luisa también constantemente.

Al final del párrafo Luisa declara que "en virtud de esta sangre podamos un día reunirnos con ellos. Nuevamente, el concepto esencial: Su Sangre es prenda de Salvación, es la que Nos abre las puertas y nos permite llegar a participar de Su Gloria y Felicidad para siempre.

Y después de haber dado a todos esta sangre, vayamos de nuevo a Jesús. Ángeles, santos, vengan con nosotras; ah, Él suspira las almas, quiere hacerlas reentrar a todas en su Humanidad para darles a todas los frutos de su sangre. - (I/T)

Luisa cierra el círculo completo de Su Interpretación y Testificación que conlleva el haber participado con Nuestra Madre en el Proceso de Repartición de Su Sangre. Jesús quiere, en virtud del hecho de que todos, absolutamente todos, hemos recibido Su Sangre, unirnos a todos en Él, dentro de Su Humanidad, para que recibamos los Frutos de Salvación que Él alcanzara para nosotros.

Pongámoslas en torno a Él y se sentirá regresar la Vida y recompensar por la amarguísima agonía que ha sufrido.
- (I/T)

Una vez más observamos como Luisa, con su intención en la Divina Voluntad, de hacer reentrar a todas las criaturas en Él, en Su Humanidad, y de bañarlas a todas con Su Sangre. En efecto, ha logrado que toda Su Sangre vuelva a Él, y de esa manera Le vuelve a dar la Vida. Todo esto puede interpretarse como simbólico de un proceso espiritual; nosotros preferimos verlo como un proceso real, en el que Su Sangre ha vuelto, ha sido regresada, a Su Cuerpo y le vuelve a dar, una vez más, la Vida que perdió innumerables veces en estas Tres Horas de Agonía y Muerte en el Huerto.

Y ahora Mamá santa, llamemos a todos los elementos a hacerle compañía a fin de que también ellos le den honor a Jesús. Oh luz del sol, ven a disipar las tinieblas de esta noche para dar consuelo a Jesús; oh estrellas, con vuestros trémulos rayos descendad del cielo y venid a dar consuelo a Jesús; flores de la tierra, venid con vuestro perfume; pajarillos, venid con vuestros trinos; elementos todos de la tierra, venid a confortar a Jesús. Ven, oh mar, a refrescar y a lavar a Jesús, Él es nuestro Creador, nuestra Vida, nuestro todo; vengan todos a confortarlo, a rendirle homenaje como a nuestro Soberano Señor. Pero, ay, Jesús no busca luz, estrellas, flores, pájaros, Él quiere almas, almas. – (I/T)

Luisa trata de involucrar en este Proceso a toda la Creación inanimada para que también ella le brinde a Jesús homenaje, estímulo, y consuelo, pero no consigue Su Objetivo, porque éste no es un proceso en el que Jesús busca reconocimiento y correspondencia de Amor de Sus Criaturas. Él solo quiere las almas de todos sus hermanos en Su Humanidad, y de Sus Hijos en Su Divinidad, Los únicos que podemos aliviar Sus Penas somos nosotros, alineándonos con Él, en el orden de la Salvación. No quiere ni más ni menos, y solo podría descansar cuando Nos tenga a todos, seguros en Su Humanidad.

Helas aquí, dulce bien mío, a todas juntas conmigo; a tu lado está la amada Mamá, descansa entre sus brazos, también Ella tendrá consuelo al estrecharte a su seno, pues ha tomado mucha parte en tu dolorosa agonía; también está aquí Magdalena, está Marta, y todas las almas amantes de todos los siglos. Oh Jesús, acéptalas, y diles a todas una palabra de perdón y de amor; átalas a todas en tu amor, a fin de que ninguna alma te huya más. – (I/T)

Con la capacidad y potencia de vivir en Su Voluntad, Luisa ha llamado a todas las almas, y las ha hecho rodear a Jesús y hacerle compañía, y todas las almas así llamadas por Luisa, esperan de Jesús una palabra de Amor y de Perdón, y ante esta Magnanimidad Suyas todas quieran estar junto a Él, y jamás huir de Su lado.

Pero me parece que dices: “¡Ah hija, cuántas almas por la fuerza huyen de Mí y se precipitan en la ruina eterna! ¿Cómo podrá entonces calmarse mi dolor, si Yo amo tanto a una sola alma cuanto amo a todas las almas juntas?” – (T)

Esta, como continuación de Jesús a todo lo que Luisa ha estado haciendo, tiene dos aspectos que tenemos que destacar porque tienen mucho que ver con cómo ve Nuestro Señor, o la forma práctica que la Redención obra en las criaturas.

- 1) Jesús dice que muchas son las almas que huyen de Él, y lo hacen con fuerza, con decisión. Si analizamos lo que no Nos dice, observamos que para condenarse o no salvarse, las almas tienen que huir de Él, querer alejarse de Él. Casi Nos lo dice como si esta fuera la condición básica porque las almas se condenan. Pero dice aun más, esta huida tiene que ser con violencia, con fuerza. De nuevo, para que una cosa se haga con fuerza, se requiere una premeditación, una intención no normal. De todo esto podemos deducir que la condenación de un alma no es un proceso casual, sino que Jesús garantiza que los que se condenan lo harán con total conocimiento de que quieren huir de Jesús con todas sus fuerzas.
- 2) La individualidad de la Redención. Una cosa es hablar en términos generales de la humanidad, de los hombres, etc., y otra, muy distinta, es hablar de cada uno de nosotros, como los actores principales, y únicos en esta grandiosa obra de la Redención. Este drama de nuestra vida, es un drama de un solo personaje, yo, y una sola audiencia, Dios. Nada más cuenta, nada más es pertinente, nada más es trascendente. Si nos llegamos a meter en la cabeza esta idea: nada puede forzarme a huir de Él, solo yo puedo hacerlo, y Él quiere que yo esté con Él, porque yo soy lo más importante del universo para Él.

Conclusión de la Agonía

Agonizante Jesús, mientras parece que está por apagarse tu vida, oigo ya el estertor de la agonía, veo tus bellos ojos eclipsados por la cercana muerte, tus santísimos miembros abandonados, y frecuentemente siento que no respiras más, y siento que el corazón se me rompe por el dolor. Te abrazo y te siento helado; te muevo y no das señales de vida. ¿Jesús, has muerto? Afligida Mamá, ángeles del Cielo, vengan a llorar a Jesús y no permitan que yo continúe viviendo sin Él, porque no puedo. Me lo estrecho más fuerte y oigo que da otro respiro y de nuevo no da señales de vida, y yo lo llamo: “¡Jesús, Jesús, vida mía, no te mueras! Ya oigo el ruido de tus enemigos que vienen a prenderte, ¿quién te defenderá en el estado en que te encuentras?” Y Él, sacudido, parece que resurge de la muerte a la vida, me mira y me dice: - (I/T)

Toda esta larga descripción, llena de angustia, ante el espectáculo de un Jesús que muere, debe promover en nosotros iguales sentimientos de angustia, dolor e impotencia. Jesús muere, y aunque Luisa no lo quiere, está sucediendo. Ella interpreta en lo que ve, que Jesús parece que muere, lo ve como a una persona, en cama de enfermo, en los últimos momentos de su vida. La palabra agonía, adscrita específicamente a un moribundo, implica lucha o combate contra la muerte que se avecina. Como ya hemos dicho anteriormente, Luisa reacciona, como reaccionaríamos todos; sin embargo, como veremos por las palabras de Jesús en el próximo párrafo, lo que ella ve no es un “parece que muere”, sino que Jesús dice que Él murió de verdad, y muchas veces, incontables muertes.

“Hija, ¿estás aquí? ¿Has sido entonces espectadora de mis penas y de las tantas muertes que he sufrido? - (H)

Una interpelación muy reveladora, casi tanto como lo que sigue: Jesús dice: Hija, ¿estás aquí? Esto solo puede decirlo una persona que estaba totalmente ignorante de su contorno, porque estaba inconciente, en el caso de Jesús: inconciente porque estaba muerto.

Luego continúa Jesús con la pregunta informativa más importante de toda esta Hora, y que dirigida a Luisa, y a nosotros, Nos hace contemplar y aceptar estos Nuevos Conocimientos sobre Su Pasión: “¿Has sido espectadora de Mis Penas y de las tantas Muertes que he sufrido?” En forma inequívoca, Jesús Nos participa esta Revelación, que luego explicará ampliamente en el próximo párrafo. Por ahora, reflexionemos sobre el hecho de que Jesús murió muchas veces, y esto ocurrió, no solo aquí, sino en cada una de las etapas de la Pasión, para sellar los actos que había realizado hasta ese momento; y así, cumpliendo el Contrato con Su Padre, etapa por etapa, liberaba los Bienes encerrados en cada una, alcanzaba Méritos delante de Su Padre Celestial, y, por ser hechos en la Divina Voluntad, Nos hacia partícipes de los Frutos que de esta Etapa se derivaban.

Debes saber, oh hija, que en estas tres horas de amarguísima agonía he reunido en Mí todas las vidas de las criaturas, y he sufrido todas sus penas y sus mismas muertes, dando a cada una mi misma Vida. - (H)

Como hace en todos los escritos, una vez que Jesús anuncia con titular de periódico lo que ha estado sucediendo, ahora quiere ser específico en lo que significa exactamente, cuando dice “las tantas muertes que he sufrido”. Y así dice que esas muertes ocurrieron porque:

- 1) El reunió en Su Humanidad a todas las vidas de las criaturas, llamó a Sí, y encerró a todas las criaturas en un Acto de Omnipotencia que solo Él puede realizar;
- 2) Sufrió todas las penas de todas esas criaturas, las que merecíamos todos por nuestros pecados. Tenemos que recordar que la Justicia Divina es Compensatoria, o sea, alguien tiene que pagar, en este caso Jesús, por lo que se ha ofendido a la Majestad Divina. Sufrió por los pecados tanto de los que estaban vivos en ese momento, como por los que ya habían muerto en ese momento. Sufrió además, anticipadamente, por los pecados futuros que estarían por cometerse. Este último punto es necesario aclararlo un poco más. Como ya hemos discutido en las clases avanzadas, Jesús no “sabe” quienes van a cometer, como tampoco “sabe” que clase de pecados van a cometerse. Si sabe, sin embargo, que todos nosotros, sin excepción, cometeremos pecados en el futuro, y por tanto, Él puede satisfacer por esos pecados, y la Justicia Divina acepta esta satisfacción, como si fuera un cheque en blanco.
- 3) Sufrió las mismas muertes de todas aquellas criaturas que ya habían muerto antes que Él viniera a la tierra a redimirnos, porque las vidas de esas criaturas tenían que ser selladas con una muerte santa, transformada por Él en santa, así como ya había pagado por los pecados que habían cometido mientras Vivían. Murió también, anticipadamente, para santificar las vidas de todas las criaturas que vendrían a la existencia después de Su Muerte final.

- 4) Y ahora viene la parte más importante y sublime: Nos dio Su Vida, para que la tengamos por toda la Eternidad, y nuestra aceptación de esta Vida, garantiza nuestra Redención.

Mis agonías sostendrán las tuyas; mis amarguras y mi muerte se cambiarán para ellas en fuente de dulzura y de vida. - (H)

Continúa reforzando la Noticia. Distingue ahora entre Agonía y Muerte, diciendo que Sus Agonías, de nuevo en plural, nos servirán de sostén en nuestras agonías que experimentaremos como criaturas; y después dice, que Sus Amarguras y Su Muerte se cambiarán en fuentes de dulzura y vida para nosotros una vez que muramos.

¡Ah, cuánto me cuestan las almas! ¡Si fuese al menos correspondido! Por eso tú has visto que mientras moría, volvía a respirar, eran las muertes de las criaturas que sentía en Mi.” - (H)

Sigue reforzando y dando detalles sobre la Noticia Principal de Sus múltiples muertes. Ahora dice, que si solamente fuera correspondida por todos nosotros, sus dolores, sus amarguras y sus muertes le serían mucho más llevaderas. Después de decir esto, vuelve a repetir el detalle de que cuando ella observaba que parecía morir, Él en realidad moría, luego el Amor lo revivía, y volvía a respirar, para de nuevo comenzar el ciclo. Dicho de otra manera, este proceso cíclico ocasionado porque las criaturas morían en Él, y Él a su vez moría a la par de ellas, satisfaciendo por ellas, e inmediatamente después reviviendo.

Mi atormentado Jesús, ya que has querido encerrar en Ti también mi vida, y por lo tanto también mi muerte, te ruego por esta tu amarguísima agonía, que vengas a asistirme en el momento de mi muerte. - (I)

Luisa comprende lo que Jesús ha realizado y para señalar su entendimiento, en la medida en que ella puede entenderlo, le reitera que así como Él ha encerrado en Sí Mismo la vida y la muerte futura de Luisa, así Él la asista en los momentos finales de su realidad de muerte, para que esa realidad final coincida con la realidad anticipada por Él y ya ejecutada por Él.

Este concepto es muy importante que lo entendamos, y ya en otras oportunidades lo hemos discutido ampliamente. El concepto consiste en que Él ha rehecho nuestras vidas, como Él hubiera deseado que fueran, vidas morales, vocacionalmente rectas, en orden a Él. Una vida así rehecha, desde el principio (nacimiento) hasta el final (muerte) no puede terminar de otra forma que estando encerrada en Él por toda la eternidad. Está como Él la diseñó desde toda la eternidad. Si nuestra muerte no coincide con la realidad por Él querida, rehecha y lograda, Él se sentirá muy triste por la pérdida real de nuestras almas, y la aceptará, principalmente, porque tiene el consuelo de “ver siempre” las vidas y muertes de los condenados en Él. Sucede, si se nos permite el ejemplo, como un padre que mantiene en su billetera o en el álbum familiar la foto de un hijo o hija, cuando estaban con él, de pleno acuerdo, y los ve amorosamente como el pensaba que debieran haber sido, y esto lo consuela, cuando frecuentemente recuerda que su hijo está en prisión o muerto como resultado de su mala vida.

Yo te he dado mi corazón como refugio y reposo, mis brazos para sostenerte y todo mi ser a tu disposición, y yo, oh, de buena gana me entregaría en manos de tus enemigos para poder morir yo en lugar tuyo. - (I)

Esta manera de orar y de comunicarle a Jesús sus pensamientos y deseos, es muy de Luisa, pero debiéramos tomar ejemplo de sus palabras, no tanto por lo que dice, sino cómo lo dice. Sus palabras recuerdan en mucho a las propias palabras de Jesús, que Le recuerda a Su Padre Celestial todo lo que Él está haciendo para complacerlo, y como “negocia” con Su Padre las Gracias y Dones que necesitamos. Tenemos que acostumbrarnos a hablar y a orar así. No solo no Le desagrada, sino que en ocasiones se lamenta con Luisa, de que no sabemos “negociar con Él”.

Aquí Luisa le recuerda a Jesús todo lo que ella ha realizado por Él, y en el próximo párrafo Le dirá lo que ella le quiere pedir a cambio

Ven, oh vida de mi corazón en aquel momento a darme lo que te he dado, tu compañía, tu corazón como lecho y descanso, tus brazos como sostén, tu respiro afanoso para aliviar mis afanes, de modo que conforme respire, respiraré por medio de tu respiro, que como aire purificador me purificará de toda mancha y me dispondrá al ingreso de la eterna bienaventuranza. (I)

Luisa quiere llegar delante de Él, sin imperfecciones o manchas que puedan impedirle la entrada directa al Cielo sin pasar por el Purgatorio que ella conoce ya tan bien, y esto como veremos, lo pide con palabras inimitables y elocuentísimas en el próximo párrafo. En este se concentra en lo que sucede en la hora final, conociendo lo difícil que pueden ponerse estos momentos finales en los que el diablo hace sus últimas tentativas desesperadas para arrastrar a las almas al infierno. Por eso, Luisa pide Su Compañía, Su Corazón, Sus Brazos para que la sostengan y protejan.

Más aún mi dulce Jesús, aplicarás a mi alma toda tu Santísima Humanidad, de modo que mirándome me verás a través de Ti mismo, y mirándote a Ti mismo en mí, no encontrarás nada de qué juzgarme; después me bañarás en tu sangre, me vestirás con la cándida vestidura de tu Santísima Voluntad, me adornarás con tu amor y dándome el último beso me harás emprender el vuelo de la tierra al Cielo. – (I)

Luisa expone nuevamente su entendimiento sobre lo que San Pablo llamaba "recapitulado en Él", pero aquí expande el concepto para incluir el que Jesús no nos vea como somos en realidad, sino que nos vea, a través de Él. En varios capítulos Jesús habla de cómo Él "intercepta" nuestras obras, las filtra para que lleguen ante Su Padre Celestial rehechas por Él. Al mirarnos a nosotros en Él, Nos encontrará agradables a Él mismo, y básicamente, como Él no puede estar disgustado consigo mismo, no podrá estar disgustado con nosotros. Además, Luisa invoca Su Preciosísima Sangre, nuestra prenda de salvación, y vistiéndola con Ella, la adornara con Su Amor, y con un ultimo beso la hará emprender el vuelo de la tierra al Cielo.

Y ahora te ruego que hagas esto que quiero para mí, a todos los agonizantes; estréchatelos a todos en tu abrazo de amor y dándoles el beso de la unión contigo sálvalos a todos y no permitas que ninguno se pierda. – (I/P)

Y comoquiera que Luisa sabe, y sabe perfectamente, que nada que ella pide debe ser para ella sola, aplica esta oración suya a todos los agonizantes, a todos los que estén envueltos en circunstancias similares. Recordemos que la universalidad de la oración en la Divina Voluntad, no por ser universal puede ser general, sigue teniendo que ser específica. Así que al orar por ella misma en la hora de su muerte, Luisa puede y debe orar por todos aquellos que se encuentran también en los últimos trances de muerte. Si oramos pidiendo perdón por nuestra conducta soberbia o poco caritativa, etc., debemos incluir a todos aquellos que ofenden a Dios con su conducta soberbia o poco caritativa.

Afligido bien mío, te ofrezco esta hora santa en memoria de tu Pasión y muerte, para desarmar la justa ira de Dios por los tantos pecados, por la conversión de todos los pecadores, por la paz de los pueblos, por nuestra santificación y en sufragio de las almas del Purgatorio. (P)

Luisa aplica ahora todo lo que ha escrito, reflexionado, y orado, en memoria de Su Pasión y Muerte de Cruz, para desarmar a la Justicia Divina, por la conversión de todos los pecadores, por nuestra santificación y paz, y en sufragio de las almas del Purgatorio. Todo esto puede pedirlo por consideración a la totalidad de esta Tercera Hora de Agonía, cuyos Méritos y Frutos resultan tan incalculables e incomprensibles.

Pero veo que tus enemigos están ya cerca y Tú quieres dejarme para ir a su encuentro. Jesús, permíteme que te de un beso en tus labios, en los cuales Judas osará besarte con su beso infernal; permíteme que te limpie el rostro bañado en sangre, sobre el cual lloverán bofetads y salivazos, y estrechándome fuerte a tu corazón, yo no te dejo, sino que te sigo y Tú me bendices y me asistes. – (I/P)

Luisa recomienza su narración de los aspectos físicos de la Pasión, el desarrollo de los acontecimientos. Judas llega con los soldados a entregarlo, y ella, no pudiendo hacer nada para detener este proceso inexorable, pide solamente que Le permita reparar y consolar con acciones opuestas a las ofensas.